
3 1761 06639311 7

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

JUAN JOSÉ

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

JOAQUÍN DICENTA

TERCERA EDICION

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1896

JUAN JOSÉ

JUAN JOSÉ

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

JOAQUÍN DICENTA

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO DE LA COMEDIA, la noche del 29 de Octubre de 1895.

TERCERA EDICIÓN

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1896

PERSONAJES		ACTORES
ROSA	Srta.	Martínez.
TOÑUELA	»	Suárez.
ISIDRA	Sra.	Alvarez.
MUJER 1.ª	»	Bermejo.
IDEM 2.ª	»	Pérez.
JUAN JOSÉ	Sr.	Thuillier.
PACO	»	Amato.
ANDRÉS	»	Balaguer.
EL CANO	»	Vallés.
IGNACIO	»	Valentín.
PERICO	»	Vilanova.
EL TABERNERO	»	Manso.
UN CABO DE PRESIDIO	»	Urquijo.
BEBEDOR 1.°	»	Vázquez.
IDEM 2.°	»	Ruiz Tatay.

Un mozo de taberna.—Bebedores.

Nota. Los Sres. *Amato y Manso,* al encargarse de papeles inferiores á su significación artística, me han hecho un favor señalado que me complazco en reconocer.

Otra. Cuiden los actores que representen esta obra, de dar á los personajes su verdadero carácter; son obreros, no chulos, y por consiguiente su lenguaje no ha de tener entonación chulesca de ninguna clase.

Á mi madre.

En todas mis penas te he encontrado junto á mí, con los brazos abiertos. Te pago con lo único que tengo. Con la mayor de mis alegrías.

Joaquín.

ACTO PRIMERO

El teatro representa el interior de una taberna de los barrios bajos. Al fondo una puerta de cristales, de dos hojas, con cortinillas en las vidrieras. Al lado derecho de la puerta del fondo, un escaparate con fondo y puertecillas de cristal. En segundo término, á la izquierda, un mostrador de madera, aforrado de zinc en su parte superior y en los bordes; sobre el mostrador, empotrada en él, una cubeta de zinc, de la que arranca una pequeña cañería de fuente, rematada por un tubo de goma. Encima del mostrador, vasos, copas, botellas, frascos llenos de vino y una jarra con tapadera de madera. Entre el mostrador y el escaparate, una trampa practicable que da acceso á la cueva del establecimiento. A la izquierda del mostrador, entre éste y el escaparate, una puerta que comunica con la cocina.

En primer término, á la izquierda, un velador, en torno del cual, así como en el de tres ó cuatro veladores que ocuparán la escena convenientemente distribuídos, se colocarán taburetes de madera.

A la derecha, una puerta de cristales con cortinillas encarnadas que da paso á una habitación reservada. Sobre la puerta de la derecha, un reloj de pared. A lo largo de la pared de la derecha, una estantería de madera pintada, con botellas de varias clases llenas y vacías.

Cuídese mucho de todo lo referente al servicio del vino, enjuague de las copas y demás detalles que se irán marcando en el curso de la representación.

La escena, lo mismo que el escaparate y la habitación reservada, cuando de ella se haga uso, estarán alumbradas por mecheros de gas.

Al levantarse el telón, aparecen en escena cuatro bebedores jugando á las cartas en un velador de segundo término. En un taburete colocado al lado de los jugadores habrá una bandeja con varias copas de vino á medio apurar. El tabernero al lado de los jugadores, mirando el juego.

Ignacio y Perico sentados frente al velador de la izquierda. Encima de este velador habrá una botella y dos vasos. Perico tiene un periódico en la mano.

El mozo estará en pie detrás del mostrador.

ESCENA PRIMERA

IGNACIO, PERICO, EL TABERNERO, EL MOZO, BEBEDOR 1.°, BEBEDOR 2.° y DOS BEBEDORES; al final, ANDRÉS

BEB. 1.° Envido.

BEB. 2.° Diez más.

BEB. 1.° ¡Ordago!

BEB. 2.° Quiero.

BEB. 1.° Perder. (Enseñando las cartas.) Duples de reyes y caballos.

BEB. 2.° (Tirando las cartas sobre la mesa con despecho.) ¡Qué suerte!... Hay que hablar con Dios *pa* llevar eso.

BEB. 1.° (Tirando una raya con yeso sobre la mesa.) A dos juegos.

BEB. 2.° (Al Mozo.) ¡Chico, media docena! (El Mozo llena unas copas en el mostrador; las coloca en una bandeja y las lleva á donde están los Jugadores. Cada uno de éstos coge una copa. Cuando terminan de beber, el Mozo coloca la bandeja en el taburete y retira la que está sobre el mismo. Llega con ella al mostrador, vacía el sobrante de los vasos en la jarra y enjuaga las copas. Todas estas operaciones las hará mientras sigue el diálogo.)

BEB. 1.° (A otro de los Bebedores.) Tú das.

PERICO. (Leyendo en voz alta el periódico que tiene en la mano y deletreando al leer.) «No... es... posi... ble... sopor... tar... en... si... lencio... la... con... du... ta... de... un... go... bierno... que... así... vi... vio... viola... los... sa... cra... tí... si... mos... de... re... chos... del... ciu... da... dano... Hora... es... ya... de... que... el... noble... pue... blo... es... pañol... pro... tes... te... de... tan... iní... iní... iní... iní... cuos... a... ten... tados... y... salga... á... la... defen... sa... de... la... libertá... y... de... la... patria... escar... escarnecidas... por... los... se... se... secua... secuaces de la *reación*.» (Deja el periódico y da un puñetazo sobre la mesa.) ¡Pero que ni más ni menos!... Este papel está muy bien. (A Ignacio.) ¡Hay que echarse á la calle y acabar con el hato de granujas que nos oprime!

IGNACIO. (Con desdén.) ¡Echarse á la calle!... No sería mala *primáa*.

PERICO. (Con tono de sorpresa.) ¡*Primáa!*

IGNACIO. Lo que oyes. Soy más viejo y sé más que tú de estas cosas.

PERICO. ¿Qué sabes tú?... Vamos á ver.

IGNACIO. ¿Qué sé?... También me he *echáo* á la calle yo; y he *andáo* á tiro limpio en las *barricás* y hasta renqueo de un balazo que me atizaron en esta pierna... Pues oye, albañil era y albañil soy; diez reales ganaba y diez reales gano; los que me metieron en el ajo van en coche y yo á pié; ellos sacaron de las *barricás* una excelencia y yo un mote. A ellos les llaman el excelentísimo señor don Fulano de Tal, y á mí Ignacio el cojo... Ahí tienes lo que yo he *sacáo* con echarme á la calle.

PERICO. Pero lo que dice el papel... la libertá, los...

IGNACIO. (Con desdén.) Palabras, música... el tío del *higui*. Esas revoluciones de quita á este *pa* que suba yo, las aprovechan los políticos, los señorones de levita... ¿Son *pa* ellos? Que las hagan ellos.

PERICO. De modo, que tú...

IGNACIO. ¡Como no hallen otro!... Pon que te metes en una trifulca, y pon que ganas y suben los tuyos. Ya están arriba. ¿Y qué? ¿Echarás un kilo más de carne en el puchero al día siguiente?... No. Al día siguiente volverás á morirte de hambre, á trabajar como una bestia, y los que te dijeron: «Ayúdame,» te dirán: ¡Arrima el hombro y revienta, que *pa* eso has nacido!

PERICO. Es que... (Entra Andrés por el fondo, desde donde avanza sin ser visto de Ignacio y Perico hasta una distancia suficiente para oir la conversación. El Tabernero se dirige al mostrador y permanece en él.)

IGNACIO. No, Perico, no. *Pa* luchar por nosotros, *pa* vengarnos de los que nos explotan, *pa* eso estoy pronto siempre y te diré, ¡sí! no una, cien veces que me lo preguntes. Por hacer una revolución así, nuestra, de nosotros, sí me echaría yo á la calle, y hasta perdería con gusto las dos piernas.

ANDRES. (Que ha llegado hasta ellos, dice apoyando la mano en el hombro de Ignacio.) Como no las pierdas hasta entonces, irás al cementerio andando.

IGNACIO. ¡Eres tú!... ¿Qué dices?

ANDRES. Que me déis una copa, y os dejéis de revoluciones.

PERICO. (Llena un vaso y se lo ofrece á Andrés.) Bebe. (Andrés apura el vaso. Los Jugadores se levantan y se dirigen al mostrador.)

BEB. 1.° (Al Tabernero.) ¿Se debe algo?

TAB. Una buena *voluntá.*

BEB. 2.° Echenos usté otras *pa* irnos. (El Tabernero llena unas copas que beben los otros.)

PERICO. (A Andrés.) ¿Quieres más?

ANDRES. Venga. (Apura la copa que le da Perico. Salen los Bebedores por el fondo.)

ESCENA II

ANDRÉS, IGNACIO, PERICO, EL TABERNERO y EL MOZO

IGNACIO. (A Andrés.) A tí, en diciendo que tienes vino, no te hace falta *náa.*

ANDRES. Porque el vino es la sola cosa buena de este mundo. Si lo será, que con todo y con lo que echan los taberneros, aún se puede beber.

TAB. (Acercándose á la mesa.) ¡Muchas gracias!

ANDRES. No hay de qué darlas. (A Ignacio.) Lo que oyes, y lo que yo le decía la primera vez que tuve voto á un caballero que me lo compró en tres pesetas. Allá *ustées;* de pintor de puertas no he de pasar; con que vengan las tres pesetas y pague usté una copa, y de usté es mi voto y el de mi novia, si sirve, que quizás que sirva.

IGNACIO. ¿Y por qué partido votaste?

ANDRES. ¡Yo que sé!... Por el partido de las tres pesetas y una copa; maldito si me importaba aquello.

PERICO. ¿No?

ANDRES. (Haciendo ademán de morderse la uña del pulgar.) ¡Ni esto!... Yo tengo mi idea. La política, *pa* los políticos; la mujer, á ratos, y el vino, á cualquier hora.

TAB. Conformes.

IGNACIO. (Al Tabernero.) Faltaría que tú no lo estuvieras.

ANDRES. El vino es el cúralo todo. ¿Que estás *cansáo* de trabajar? Bajas del andamio, te echas una *limpia* entre pecho y espalda, y tan guapo. ¿Que tienes penas? ¿A quién vas á ir con ellas? ¿A una mujer? Una mujer te las aumenta. ¿A un amigo? Un amigo las oye si no está de prisa y pára de contar. Al vino, hombre, al vino. Y mejor que al vino, al aguardiente.

PERICO. Si quieres aguardiente, pídelo.

ANDRES. Que lo traigan.

TAB. (Al Mozo.) ¿Oyes, chico? (El Mozo llena unas copas de aguardiente y las lleva á la mesa.)

ANDRES. (Cogiendo una copa.) ¡Vaya por el triple!... (A Ignacio.) ¿Tú no bebes?

IGNACIO. Aguardiente, no. Me emborracha en seguida.

ANDRES. ¡Buen defecto que le pones!... ¿*Pa* qué bebe uno?... *Pa* emborracharse. Pues cuanto antes, mejor.

PERICO. Verdad.

ANDRES. *Pa* mí, el aguardiente está de non. Porque con esto de la bebida, pasa como en la guerra; lo he visto muchas veces cuando era *soldáo*. Nos decían los jefes: «¡A ver, muchachos, hày que tomar esa trinchera!...» Y echábamos por la cuesta arriba con la cabeza *gacha* y el fusil *enristráo*, mientras los contrarios nos freían á tiros; y aquí caía uno y allí otro; y luego diez y después veinte, y ¡hala! adelante, siempre adelante; hasta que llegábamos; pero ¡cómo llegábamos!... Chorreando sangre y sudor, y dejando el camino lleno de hombres patas arriba. En cambio, les decían á los artilleros: «¡Abajo esa casa!» y ¡Bum! ¡bum! á los cuatro disparos, la casa hecha cisco. Pues con esto, (Golpeando la mesa con el vaso.) sucede igual. Las botellas de vino, son la infantería; hay que tumbar muchas *pa* coger la *mona;* las medias copas de aguardiente, son los artilleros; con pocas basta. Voy á dispararme el primer cañonazo. (Apura la media copa.) ¡Esto es gloria, hombre!

IGNACIO. ¿Y Juan José?

ANDRES. Esperándole estoy. Nos ha salido una *chapuza*, y vamos juntos á arreglarla.

PERICO. ¿Sigue con la Rosa?

ANDRES. Y más *emperráo* cada vez. Ahora somos vecinos; vivimos en el veintitrés, dos puertas más arriba de la taberna. Rosa trabaja con Toñuela. Aquí vendrán á buscarnos en cuanto salgan de la fábrica.

PERICO. ¿Con que Rosa...?

ANDRES. Le tiene vuelto el juicio. Lo malo es que él lo ha *tomáo* por donde quema, y ella...

IGNACIO. Ella, ¿qué?

ANDRES. Ella es como todas las mujeres, mala.

IGNACIO. Como todas, no. Me parece á mí que Toñuela...

TAB. No tendrás queja, Andrés.

ANDRES. Por la presente, no la tengo. Toñuela se sujeta á mí; si hay dos, con dos pasa; si no los hay, pone los pucheros á la funerala, y á esperar otro día; y si se me baja el aguardiente á los *déos* y si se me suben los *déos* á la cara de ella, se aguanta y como si tal cosa; pero ya verás cómo á lo mejor sale por *peteneras*.

PERICO. ¡Que tú digas eso!...

ANDRES. No me cogería de susto. En fin, Toñuela es Toñuela, y Rosa...

IGNACIO. ¿Qué?

ANDRES. Está echa á otra vida. Mucha *juerga* y mucho vestido de raso y mucha bota de charol... Lo que tiene siempre una mujer cuando es guapa y tira la vergüenza á la calle. Así es que la viene muy pelo arriba agarrarse al trabajo. Y si le quisiera, menos mal.

PERICO. ¿No le quiere?

ANDRES. De capricho no pasa. (A Ignacio.) Ya sabes cómo se conocieron.

PERICO. ¿Cómo?

ANDRES. Rosa estaba de *juerga* con unos señoritos en una taberna donde entró Juan José, que entonces bebía más que ahora. En cuanto vió aquella cara de cielo, y

aquel cuerpo, y aquellos ojazos, y oyó cantar á Rosa con la voz de ángel que Dios la ha *dáo*, se quedó con tres cuartas de boca abierta. Siguió la broma, y no sé cómo fué, que se emborracharon los señoritos y quisieron pegar á la chica. Allí fué la gorda; Juan José, que ya estaba *prendáo* de ella, se levantó y dijo: «A ésta no hay quien la toque.» Total, que se movió el *broncazo* padre; y como Juan José es de los que *empujan*, y cuando se *arranca* se lleva por delante lo que le estorba, echó de la *tasca* á los señoritos y se quedó solo.

PERICO. ¡Bien hecho!

ANDRES. A ella le gustó aquel desplante, y, lo que pensaría: «Tropecé con mi hombre.» Cerca de un año lo ha *estáo* creyendo, y ya va *pa* dos meses que quiere volar por su cuenta.

PERICO. ¿Tú, sabes...?

ANDRES. Sé que no falta quién la ronde, y sé que á ella no la parece costal de paja, porque es joven y de posibles, y no le duele tirar cinco duros á tiempo.

IGNACIO. ¿Le conoces?

ANDRES. Y tú, y éste. Es Paco.

IGNACIO. ¿El maestro de la obra donde trabaja Juan José?

ANDRES. Y si te digo quien trastea á Rosa de parte suya, verás que el caso no es de los buenos *pa* Juan José.

PERICO. ¿Pues quién?...

ANDRES. Quién ha de ser; la infierna casas de este barrio; La señá Isidra. (Se abre la puerta del fondo y entra por ella Juan José.)

TAB. (A Andrés.) ¡Chist!... Juan José. (Juan José se dirige hacia el sitio donde está Andrés; el Tabernero se va al mostrador.)

ESCENA III

JUAN JOSÉ, ANDRÉS, IGNACIO, PERICO, EL TABERNERO y EL MOZO

J. JOSE. ¡Buenas noches!

ANDRES. ¿Qué hay?

J. JOSE. Lo que hay cuando se trabaja desde las siete de la mañana hasta *anochecío:* mucho cansancio y mucho sueño. (Se deja caer en uno de los taburetes que hay junto al velador.)

PERICO. (Levantándose.) Y mucha hambre. Por mí lo digo, que ya me está haciendo cosquillas éste. (El estómago.) (A Ignacio.) ¿Vienes, tú?

IGNACIO. Sí; la vieja tendrá el pucherillo á la lumbre y no es cosa de dejar enfriar las patatas. ¡Valiente cena *pa* que el que llega á su casa *destrozáo* de fatiga!

J. JOSE. Menos mal que lo haya.

IGNACIO. *Verdá;* porque hasta eso falta muchas veces. (A Juan José y Andrés.) ¿Os quedáis?

ANDRES. Esperando que den las siete *pa* ir en busca de Antonio y arreglar la *chapuza.*

IGNACIO. A más ver. (Ignacio y Perico se dirigen hacia el fondo, por donde salen, no sin pagar antes al Tabernero.)

TAB. (Al Mozo.) Súbete dos frascos de vino. (El Mozo abre la trampa de la cueva y baja por ella con dos frascos vacíos. A poco vuelve con ellos, los deja en el mostrador y entra en la cocina. El Tabernero se pone á leer un periódico.)

ESCENA IV

JUAN JOSÉ, ANDRÉS y EL TABERNERO

ANDRES. (A Juan José.) Bebe. (Alargándole una media copa.)

J. JOSE. (Rechazándola con la mano.) No tengo sed. (Queda en silencio, con la cabeza apoyada en la mano.)

ANDRES. ¿Qué tienes entonces?

J. JOSE. Ya lo he dicho antes. Estoy *cansáo.*

ANDRES. No es eso.

J. JOSE. Lo que te dé la gana. (Con impaciencia y mirando al reloj de pared.) ¡Cuánto tardan!

ANDRES. ¡Qué han de tardar, si salen á las siete largas de la fábrica y necesitan más de un cuarto de hora *pa* llegar aquí!... Tus celos son los que tienen prisa, y te traen á mal *traer.* ¡Parece mentira que tú...!

J. JOSE. Déjalo estar. No hablemos de ello.

ANDRES. Es *pa* empezar contigo á trastazos. Estaría bueno que un hombre se acongojase por una mujer. Todas juntas no valen una *perra.*

J. JOSE. ¡Qué sabes tú!

ANDRES. Más que tú, que no sabes lo que te pescas porque estás *enceláo.*

J. JOSE. Sí lo estoy, Andrés, y la sangre se me enciende en el cuerpo cuando imagino que Rosa puede dejarme de querer.

ANDRES. ¿Y quién te manda imaginarlo?

J. JOSE. ¡Qué se yo!... Es una idea que se me ha ido metiendo aquí dentro (Señalando la frente.) poco á poco, pero con fuerza, igual que si me la hubiesen *claváo* á martillazos; y no puedo deshacerme de ella, y me martiriza, y me azuza, y me tiene como sobre carbones *encendíos.*

ANDRES. Eres un chico de la escuela.

J. JOSE. No sé lo que soy; sólo sé lo que me sucede; sólo sé que Rosa no es la misma de antes *pa* mí. (Con tono sombrío.) Y luego, Paco, ese mozo que no ha tenido más que hacer en el mundo que heredar la parroquia y *los dineros* de su padre, no la deja ni á sol ni á sombra. Él se figura que no me entero. ¡Si me entero! (Con acento amenazador.) ¡Que lleve *cuidáo!*

ANDRES. Serán cavilaciones tuyas.

J. JOSE. No lo son, Andrés no lo son. Hace tiempo que le vengo *oservando.* La otra mañana me fué Rosa á buscar á la obra, y Paco se puso delante de ella y empezó á

soltarle requiebros y pasearle por los ojos sus *déos* llenos de sortijas, y á decirle, mirando *pa* mí y como en broma. «¡Qué suerte tienen algunos hombres y qué mal *ganáa*!...» Ella se reía de oirle, y yo... Yo seguía trabajando mientras bromeaba el señorito, y me fijaba en él, y á la vez que en él, en mi blusa *remendáa* y en su ropa nueva, en el yeso que había en mis manos y en las sortijas que había en las suyas; y sentí... No sé lo que sentía entonces, pero apreté con rabia el mango del palustre y estuve á punto de meterle por el pecho adelante, aquella herramienta manchada con la cal que nosotros amasamos *pa* que él se luzca!...

ANDRES. (Con zumba.) Haberlo hecho, y después, ¡á presidio!... (Con ironía triste.) Tienes una manera de arreglar las cosas, que da gozo.

J. JOSE. (Luego de pasarse la mano por la frente como si quisiera desechar un mal pensamiento.) Yo no soy malo, Andrés; no quiero serlo. Y ocasiones de serlo he tenido, muchas, que á quien lo dejan en la calle sin otro amparo que el de Dios, más cerca le ponen del presidio que de la iglesia. No, no quiero; no he querido ser mal hombre nunca; pero *en* tocante á Rosa, ¡que no la toquen! ¡que no me la quiten, porque seré peor que malo!... (Con desesperación.) ¡Si ella...!

ANDRES. (Interrumpiéndole.) A eso voy. Si yo sospechase que me faltaba una mujer, ¿sabes tú lo que haría?

J. JOSE. ¿Qué?

ANDRES. Lo primero, enterarme si era verdad, que á veces, se le meten á uno los infundios en la *sesera* porque sí, y cree que un cañamón es una bola del puente de Segovia.

J. JOSE. ¿Y si era verdad?

ANDRES. ¡Si era verdad!...

J. JOSE. ¿Qué harías?

ANDRES. Muy sencillo. A él nada; porque bien *miráo,* nadie tiene la culpa de que sea mala la mujer que vive con uno. A ella sí; á ella, cogerla por el moñono y madu-

rarla las costillas con un garrote, y abrirle la puerta y darle dos *patáas* y *ponerla al fresco* y quedarme tan fresco.

J. JOSE. ¡Yo, dejar á Rosa!...

ANDRES. Si te engañaba, ¿por qué no? ¿Has *firmáo* escritura *pa* vivir con ella hasta que te entierren?

J. JOSE. No hace falta. En las cosas del querer, se firma con éste; (El corazón.) y cuando éste dice «quiero de veras,» *firmáo* está *pa* toda la vida.

ANDRES. (Con tono de broma.) ¡Pocas firmas así he puesto yo! Y luego á borrarlas. Ni señal queda. Antes se borra el querer que la tinta.

J. JOSE. Será el tuyo, que el mío no. ¡Dejar yo á mi Rosa!... ¡Perderla! ¡Echarla de aquí!.. (Golpeándose el pecho.) No podría; está muy *agarráa* y... Yo me entiendo; no sé explicarlo, pero me entiendo... Vamos, que si yo dijese, se acabó Rósa; mi corazón, y mi alma, y todo yo, nos habíamos *acabáo* con ella.

ANDRES. ¡Bah! ¡En seguida me destrozaba yo por ninguna!... Ponte en lo peor, en que la pena sea tan grande que no consigas descuajarla de un *tironazo*. ¡A distraerse! ¡qué *contra!*... No se acabó el mundo por eso. Otros *quereres* hay y á ellos se coge uno hasta que se le pase la basca.

J. JOSE. Tú, sí, porque tienes padres, hermanos, familia que te consuele y te saque las malas ideas del cuerpo. Yo no tengo nada. ¿Padres?.... Dios los dé; no sé quiénes fueron los míos, sólo sé que me tiraron á la calle, *mismamente* que se tira la basura al arroyo, *pa* que la recoja el trapero. (Con tristeza profunda.) ¡Debe ser tan bueno tener padres!... Lo veo por tí cuando vas á casa de los tuyos, y la pobre vieja de tu madre se alza de su silla y te mira que parece que se te va á comer con los ojos y te dice: «¡A ser hombre de bien, Andrés!...» Tú te ríes, como si no te importase verla y oirla; pero en la cara se te conocen que no te *cojen* el gozo en el cuerpo y la alegría en el corazón.

ANDRES. (Con ternura.) Porque ciego por ella; porque se trata de mi madre, y la madre es la sola mujer que no engaña.

J. JOSE. Yo no he conocido á esa mujer. Sólo he conocido á la que me recogió junto á las piedras de una cantería *pa* llevarme en brazos por las calles y compadecer á la gente llamándome hijo suyo. ¡*Pa* eso me recogieron! Y luego, cuando fuí mayor y pude andar solo, *pa* que pidiese limosna, con los pies descalzos, y la pidiera bien, y llevase mucha, que si llevaba poca, me ponían maduro á palos.

ANDRES. ¡Sí, es desgracia!... (Con tristeza.)

J. JOSE. No lo sabes, Andrés; hay que pasarlo. Pidiendo un pedazo de pan *pa* que lo comieran otros, como ahora lo gano *pa* que otros disfruten, he vivido yo mucho tiempo. Cariño ninguno. Malas razones y peores hechos. Golpes, no golpes buenos, de los que los padres dan á sus hijos *pa* que se corrijan, sino golpes de los que da el arriero á su bestia cuando no puede con la carga. A mí nunca me han dicho al pegarme: «¡Toma, pillastre, *pa* que te enmiendes!» A mí, me decían: «¡Toma, granuja, *pa* que traigas más!» ¡Ya ves qué diferencia! El recuerdo de aquellos golpes, de los que dan los padres, debe saber á gloria; el de los que yo recibía me sabe amargo, y me trae á la boca mucho rencor y muchos odios.

ANDRES. ¡Pobre Juan José!

J. JOSE. Mas tarde, cuando me ví libre de la *caena* y dije «¡á trabajar!» ¿qué encontré?... De aprendiz, cachetes del maestro y de los oficiales, y una cazuela de sobras en un rincón; después, mucho trabajo y muchas fatigas, y un jornal escaso, *ganáo* sobre dos tablones mal unidos, tiritando de frío en invierno, abrasándome la piel en verano, afanándome desde la mañana á la noche, *pa* llegar por la noche á mi casa y encontrarme sólo, sin que nadie viniera á decirme: «¡Descansa hombre, que bien lo mereces!» Así vivía cuando conocí á Rosa. Ella me dió lo que aún no había *encontráo*

en el mundo, cariño. ¿Crées tú, que puedo dejarla, ó conformarme còn que me deje?...

ANDRES. Yo...

J. JOSE. ¡Dejarme ella á mí!... No, Andrés, ¡que no lo haga, que no lo intente!... ¡Si se atreviera á hacerlo!... (Con tono de amenaza.)

ANDRES. ¿Vuelves á las mismas?

J. JOSE. ¡Eso quisiera yo, no volver!... Pero estas cavilaciones mías pueden más que yo, me levantan en peso, y cuando imagino que Rosa me puede abandonar, marcharse con otro, se me pone una nube de sangre delante de los ojos, y... (Con angustia y odio.) ¡Que no suceda, Andrés, que no suceda; porque si sucede, estoy *perdio!*

ANDRES. Déjate de tontunas, que por la presente no tienen fundamento, y bébete esa media copa. (Alargando la que habrá quedado llena sobre el velador.)

J. JOSE. Tienes razón. Más vale callar. (Apurando la copa de un sorbo. Se abre la puerta del fondo y entra por ella Isidra, que se dirige al mostrador.)

ESCENA V

JUAN JOSÉ, ANDRÉS, ISIDRA y EL TABERNERO

ISIDRA. (Al Tabernero.) Dame una de *tiple*. (El Tabernero sirve la copa á Isidra; ésta la apura á sorbos junto al mostrador.)

ANDRES. *La* Isidra. (A Juan José que se habrá vuelto al oir la voz de Isidra.)

J. JOSE. Esta vieja es la que trae á mal traer á Rosa con sus comadreos.

ISIDRA. (Como si viera por primera vez desde que entró á Juan José y Andrés.) ¡No había *reparáo!*... (Acercándose á ellos.) ¡Buenas noches, hijos!

ANDRES. *Señora*, haga usté el favor de no faltar, que nadie se ha metido con usté.

ISIDRA. (Sorprendida.) ¡Faltar!

ANDRES. Dice que no, y acaba de llamarnos hijos. Contentos andarían los suyos como los tuviese.

ISIDRA. (Con despecho.) ¡Poca vergüenza!

ANDRES. (Con seriedad cómica.) A todo hay quien gane.

ISIDRA. (A Juan José.) ¿Ves qué mala lengua?

J. JOSE. (Con sequedad.) Peores las hay y más daño hacen. (Con dureza.) Mire usté en qué emplea la suya, porque puede salirle caro.

ISIDRA. ¿Á mí? (Como sorprendida.)

J. JOSE. (Con el mismo tono de antes.) ¡A usté!

ISIDRA. (Como si no le entendiera y con fingida sinceridad.) ¿Qué te pasa, chico?... ¿Te ha *picáo* la víbora?

J. JOSE. Quizá que sí. Ya sabe usté lo que quiero decirle, y ándese con *cuidáo*, porque todo el monte no es orégano, y un día, por culpa de sus trapisondas, va usté á tropezarse con algo que la duela.

ISIDRA. ¡Yo! ¿Pero qué dices?

J. JOSE. Lo que he dicho y con ello basta. (A Andrés.) Vamos en busca de Antonio, que ya es hora. (Levantándose.)

ANDRES. Vamos. (Se levanta también.) Cuando vengan esas, que esperen.

TAB. *Quedar* con Dios. (Juan José y Andrés se dirigen al fondo; al llegar delante de Isidra, Andrés le da á ésta un golpecito en el hombro y él dice con tono zumbón.)

ANDRES. (A Isidra.) Hasta luego, *mamá*. (Salen por el fondo Andrés y Juan José.)

ESCENA VI

EL TABERNERO é ISIDRA

ISIDRA. (Por Juan José y Andrés.) *¡Condenáos!*... Y no es más que porque Juan José se ha *pensáo* que yo aconsejo mal á Rosa. (Al Tabernero.)

TAB. ¿No lo hace usté? (Con sorna.)

ISIDRA. (Con tono de inocencia.) ¡El Señor me libre!... Usté me conoce, Manuel.

TAB. Porque la conozco á usté, no la creo.

ISIDRA. ¿No?

TAB. Oígame usté, *señá* Isidra: Yo no me meto en los asuntos de mi parroquia porque no debo, y porque todo el que entra en mi casa á dejar un duro, ó una peseta, ó una *perra chica*, es *sagráo pa* mí. Yo sé oir, y ver, y callar, y respetar á cada uno *su marcha*, que ese es mi oficio y mi negocio; pero no me venga usté con pamplinas. Aquí no *cuelan*.

ISIDRA. ¿Yo?...

TAB. Déjese usté de historias. Desde que Paco se mudó á esta calle y conoció á Rosa, ¿qué ha hecho Paco, sino rondar á Rosa, y qué ha hecho usté más que meter á Paco por los ojos de Rosa?

ISIDRA. ¿Soy yo responsable de que se echen á mala parte mis buenos intenciones?

TAB. (Con tono de duda.) ¿Buenas intenciones usté?

ISIDRA. ¡Claro! Paco es una gran proporción, y me duele que no se aproveche de ella Rosa. Eso es cierto; tan cierto como no me he metido nunca en que ella quiera ó deje de querer á Juan José. ¿Qué tiene que ver lo uno con lo otro?

TAB. ¡Una friolera!... ¡Usté se ha creído que Juan José iba á conformarse!...

ISIDRA. No sería el primero. (Se abre la puerta del fondo y entra Paco seguido de dos Mujeres y dos Hombres. Los Hombres llevan capas y sombreros anchos; las Mujeres, pañuelos de seda á la cabeza y mantones de flecos.)

PACO. (Desde la puerta.) ¡Adentro!... ¡Ahora veréis si llevo razón! (Entran los dos Hombres y las dos Mujeres.)

ESCENA VII

ISIDRA, PACO, EL TABERNERO, DOS MUJERES y DOS HOMBRES; luego EL MOZO

TAB. (Dirigiéndose á Paco, con la oficiosidad propia á un tabernero cuando entra un buen parroquiano en su casa.) ¡Señor Paco!...

PACO. ¡Hola, Manuel! Les he dicho á éstos que tienes la me-

jor copa de vino del distrito; conque echa unas *pa* que se enteren.

TAB. (Llenando unas copas y poniéndolas sobre la repisa del mostrador.) Estas son las mías.

PACO. (A Isidra.) ¿Qué bebe usté?

ISIDRA. Aguardiente. (El Tabernero sirve á Isidra; los demás apuran sus copas.)

PACO. (A los que le acompañan.) ¿Qué tal?

MUJ. 1.ª ¡Superior!

PACO. (Al Tabernero.) Dános otras, y que nos arreglen un arroz con pollos y unas chuletas. Cenamos aquí.

TAB. ¡Chico!... (El Tabernero sirve otras copas; el Mozo sale por la puerta de la izquierda. Al Mozo.) Entra en la cocina y que avíen un arroz con pollos y unas chuletas. Son *pa* el señor Paco; no digo más. Pónles la mesa en ese cuarto. (El de la derecha. El Mozo sale por la izquierda.)

PACO. (Al Tabernero.) ¿Tienes guitarra?

TAB. (Con afán de agradar.) *Pa* usté se buscaría aunque no la hubiera. Ahí dentro, (Por el cuarto de la derecha.) encontrarán ustedes una, y es de primera.

PACO. (A las Mujeres.) ¿No bebéis?

MUJ. 1.ª ¡Digo!... (Apurando la copa.)

PACO. (Al Tabernero.) Repite. (El Tabernero llena otras copas. Paco se dirige al velador de la izquierda, enfrente del cual se habrá sentado Isidra. El Mozo sale de la cocina con un servicio de platos y manteles; atraviesa la escena y entra en la habitación de la derecha, que se ilumina como si acabasen de encender el gas. A Isidra.) ¿La ha visto usté?

ISIDRA. Sí.

PACO. ¿Y qué?

ISIDRA. Durilla anda; pero déjela usté de mi cuenta que ya se ablandará.

PACO. Si me ayuda usté, no ha de pesarle.

ISIDRA. ¿Ayudar á usté?... Con alma y vida. A un mozo tan rumboso y tan guapo, se le ayuda siempre. Y no lo hago por interés, Dios lo sabe; lo hago porque le tengo á usté simpatías.

PACO. Si yo pudiera hablar á solas con ella; pero no encuentro ocasión nunca; se pasa el día en el taller; sale del taller con Toñuela, y en cuanto Juan José viene de la obra, no se aparta de ella un instante.

ISIDRA. ¿Ocasión?... Esta noche se le puede ofrecer á usté una.

PACO. ¿Esta noche?

ISIDRA. Rosa vendrá aquí y vendrá antes que él, porque él ha ido á arreglar un negocio, y á poco que tarde, tardará un rato; si *en tan y mientras* ella se queda sola, sale usté del cuarto; se hace el encontradizo, y... Créame usté, Paco, con dinero y con simpatías se va á todas partes. (Sale el Mozo de la habitación de la derecha y se dirige al mostrador.)

PACO. (A Isidra.) ¿Quiere usté cenar?

ISIDRA. Gracias, ya lo he hecho. Ahora voy en casa de una vecina á que me preste unos cuartejos. Poca cosa; un apuro de veinte reales.

PACO. (Metiendo la mano en el bolsillo del chaleco y sacando de él unas monedas.) Ahí van dos duros, y quédese usté, por si la necesito.

ISIDRA. (Toma el dinero y lo guarda con expresión de profunda codicia.) ¡De rodillas le serviría yo á usté, Paco!

TAB. (A Paco.) Cuando *ustées* quieran; eso está listo. (Por la habitación de la derecha.)

PACO. (A los que le acompañan.) Vamos.

TAB. (Abriendo de par en par la puerta de la derecha.) Pasen *ustées*. (Entran los dos Hombres y las dos Mujeres en la habitación de la derecha.)

PACO. (Al Tabernero desde la puerta de la derecha.) Mándanos dos docenas y unas aceitunas, *pa* hacer boca. (Entra Paco en la habitación de la derecha, cuya puerta se cierra tras él.)

ESCENA VIII

ISIDRA, EL TABERNERO y EL MOZO; luego ROSA y TOÑUELA

ISIDRA. (Al Tabernero.) ¡Es un chorro de oro este Paco!

TAB. (Mientras, llena unas copas que coloca sobre una bandeja, y pone en un plato, sacándolas de un frasco que habrá en el mostrador, dos ó tres cacillos de aceitunas.) Y usté bebe de él á borbotones. Con tal de que no se le atragante á usté, Juan José, y la ahogue.

ISIDRA. En peores me he visto.

TAB. (Al Mozo.) Lleva esto. (El Tabernero entrega al chico la bandeja de copas y el plato de aceitunas; el chico las entra en la habitación de la derecha, de la que sale breves momentos después de entrar. A Isidra.) ¡En fin; allá usté! A mí no ha de dolerme. (Se abre la puerta del fondo y entran por ella Rosa y Toñuela en traje de obreras: mantón de lana, delantal azul, falda corta, pañuelo á la cabeza y manguitos azules en los brazos.)

TOÑ. (A Rosa.) ¡Una quincena sin trabajo!... ¡Estamos *lucias!*

ROSA. (Con indiferencia y como pensando en otra cosa.) Cierto que sí. (Al Tabernero.) ¿Han venido esos?

TAB. Me dejaron razón de que les esperáseis. No tardarán.

ISIDRA. (Dirigiéndose á Rosa y Toñuela.) ¡Hola, muchachas!

TAB. (Al Mozo, que ya habrá salido de la habitación de la derecha.) Estate al *cuidáo*. Voy á dar una vuelta por la cocina. (Sale por la izquierda.)

ESCENA IX

ROSA, ISIDRA, TOÑUELA y EL MOZO

TOÑ. (A Rosa.) ¡De bonito humor va á ponerse Andrés cuando lo sepa!...

ISIDRA. ¿Qué ocurre?

TOÑ. ¡Qué va á ocurrir, *señora*! Que han puesto en la calle,

por una quincena, á la *miti* de las obreras de la fábrica, y nos ha *tocáo* la china á nosotras.

ISIDRA. ¡Vaya por Dios, mujer!

TOÑ. ¡Dos pesetas diarias que se van á baños! ¡Qué remedio! ¡Tendremos paciencia!

ROSA. *¡Pa* lo que yo ganaba!... ¡Valiente *puñáo* son tres moscas ó seis reales, que era mi jornal, por estarme dale que le das desde la siete de la mañana.

TOÑ. No es tan poco. Con seis reales se puede hacer mucho.

ISIDRA. (Con burla.) ¡Lo menos un *hotel!*...

ROSA. (Riendo.) ¡Sí!...

TOÑ. Menos mal que quince días pasan á escape. Lo siento por Andrés, que tendrá que acortar su ración de vino.

ISIDRA. Que se aguante. Demás hacéis con trabajar *pa* ellos y estropearos las manos por ellos.

ROSA. (Mirándose las manos, con aire triste y mal humorado.) ¡Buenas las tengo yo!...

TOÑ. Cuando se es pobre, hay que arrimar el hombro. A mí me sabe á gloria el dinero que gano *pa* ayudar á Andrés. ¿A tí no te sucede igual? (A Rosa.)

ROSA. (Con displicencia.) Sí; claro está que sí.

ISIDRA. (Con desdén.) ¡Aperrearse por un hombre!...

TOÑ. Queriéndole y viéndole *apuráo*, se hace á gusto.

ROSA. ¡Queriéndole!...

ISIDRA. Déjate de *quereres*. El querer se acaba un día ú otro. ¡Cualquiera me tosía á mí si fuese joven y bonita como vosotras dos!... (A Rosa.) ¡Quita allá, infeliz!... Mujeres conozco que no valen la *mitá* que vosotras y viven con desahogo, y las tienen á boca que pides, y son las reinas de su casa.

ROSA. Sí las hay, y están como se les antoja, y se ríen del mundo.

TOÑ. Mientras que les dura el palmito. Cuando éste se acaba, ¿qué es de ellas? Ni los perros las quieren.

ISIDRA. ¡Qué sabes tú!...

TOÑ. *¡Quiá!*... Prefiero sujetarme á mi Andrés y sufrir su pobreza, y aguantar su genio, á pasar lo que pasan

otras, y llegar á vieja, y verme como usté se ve, sola y sin *la* calor de nadie.

ISIDRA. ¿Y por qué me veo yo así?... Por tonta y por no llevarme de buenos consejos... Y si no, anda, fíate de los hombres; quiérelos por ellos, pasa por ellos fatigas, y peñas, y disgustos... ya verás qué pago te dan.

ROSA. (A Toñuela.) En eso tiene razón la *señá* Isidra. Te afanas por un hombre, pasas con él tu juventud, te aperreas por él, y el día menos *pensáo* se cansa de tí, te pone *en la del rey*, y si te he visto no me acuerdo. Ahí está lo que ocurre.

TOÑ. No siempre. En fin, cada uno hace de su capa un sayo; y yo me voy á casa á dejar este lío (Uno que habrá puesto al entrar sobre un taburete.) y á preparar la cena, que esta noche tengo *convidáos*. (Se levanta.)

ISIDRA. ¿*Convidáos?...*

ROSA. Sí; Juan José y yo.

TOÑ. *Pa* mí, como si fuéseis el rey y la reina de España. (Coge el lío de encima del taburete. A Rosa.) ¿Me esperas aquí?

ROSA. Bueno.

TOÑ. Bajo en un Jesús. ¡Pobre Andrés!... ¡Tan contenta como estaba, y ahora dos semanitas de ahogos!... (Como desechando su mal humor.) ¡Qué demonio!... Dios proveerá. Menos ganan los gorriones y viven. (Sale por el fondo.)

ESCENA X

ROSA, ISIDRA, y EL MOZO; al final PACO y sus compañeros, dentro.

ROSA. (A Isidra, por Toñuela y con acento de despecho.) Ahí la tiene usté, tan satisfecha y tan alegre... Parece que le ha *tocáo* el premio gordo con su Andrés. ¿Cómo podrá estar alegre con la vida que lleva?

ISIDRA. Porque está *acostumbrá* á ella desde que nació, y no ha visto el mundo por un *bujero*, ni sabe lo que son comodidades y *bienestares*, y llevar á los hombres de mérito, *amarráos* á la cola del vestido. (Con desprecio.)

¡Qué sabe esa *méndiga!*... (Con fingida compasión y cariño y cogiendo las manos de Rosa entre las suyas.) No te ocurre á tí lo mismo, pobrecilla. ¡Quién te ha visto y te ve!... Caro estás pagando el capricho.

ROSA. (Con tristeza.) ¡Sí lo pago; sí!... (Con despecho.) ¡Encontrarme como me encuentro!... ¡Ay *señá* Isidra, cada día me acostumbro menos á estas miserias!...

ISIDRA. Naturalmente.

ROSA. Nada, que no es posible. Yo procuro, y quisiera, y no puedo... ¡Vamos, que no sé á punto fijo lo que me pasa! Un *déo* de la mano diera yo por saberlo y por explicármelo.

ISIDRA. A que yo te lo explico.

ROSA. Usté.

ISIDRA. Yo... En primer lugar, te figuras que quieres á Juan José, y no lo quieres.

ROSA. (Con sorpresa.) ¿No?...

ISIDRA. Vamos, quererle, sí le quieres; pero no con ese cariño que ciega y pone una venda en los ojos.

ROSA. Yo...

ISIDRA. No, así no le quieres. La prueba es, que notas lo que al lado suyo te falta; y como no eres una imbécil, *reflesionas* en que vales mucho y dices: «¿Voy yo á conformarme con esto?» y no te conformas; y haces bien.

ROSA. ¡Conformarme!...

ISIDRA. ¡Calla, mujer, calla!... Es un dolor que estés como estás. ¿Y por quién? Por un... Así, como así, lo merece la prenda.

ROSA. (En un arranque de vanidad de hembra.) Eso no; Juan José es un buen mozo.

ISIDRA. Los domingos que se lava y se desenyesa la cara; los demás días, cualquiera averigua lo que es. ¡Y aunque sea un buen mozo!... Tan buenos los hay y se mueren por tus pedazos; y no te obligarían á trabajar y á sufrir privaciones... Quita, que no tienes perdón de Dios. ¡Si yo estuviera en tu pellejo!...

ROSA. *Señá* Isidra, ¿qué voy á hacer sino lo que hago? ¿Cómo le dejo, si no me da motivo, y se muere por mí, y me considera, y dos que gane, míos son? No tengo más remedio que agradecérselo y aguantarme.

ISIDRA. Y morirte de agradecimiente en un rincón.

ROSA. Es...

ISIDRA. (Interrumpiéndole.) Agradecimiento, sí, señora; porque sólo agradecimiento le tienes ya. ¿Crees que yo me chupo el dedo?... Pues no; yo sé de alguien que no te disgusta, y te ha ido interesando poco á poco, y metiéndose en tu *sentir*. (Como respondiendo á una señal negativa de Rosa.) No me hagas señas de que no, porque es verdad. ¿Quieres que te lo nombre? Paco.

ROSA. No; no suponga usté...

ISIDRA. (Interrumpiéndole.) ¡Ese sí que es un hombre cabal y buen mozo, y dispuesto á cuanto sea menester por gustarte!... Solo que tú, con tus desprecios y con tus repulgos, acabarás por aburrirle y hacer que se canse de tí.

ROSA. (Con orgullo.) ¡Cansarse!... Apueste usté que no. ¡Cómo yo quisiera!...

ISIDRA. Pero no quieres, y acaso, cuando vayas á acordarte de él, se haya él *olvidáo* hasta del santo de tu nombre.

ROSA. *¡Quiá!* Paco será el mismo de hoy, mientras á mí me dé la gana. No me gusta presumir, ni *echar plantas,* pero sépalo usté; así, mal vestida, y con esta facha, y sin dármelas de *farolera,* donde estuviera Paco, y mi cuerpo se presentase, no habría más que una ama: yo.

ISIDRA. (Con cariño.) ¡Vanidosa! (Se escucha en la habitación de la derecha el rasgueo de una guitarra acompañada con palmadas y taconazos.)

ROSA. ¿Hay música ahí dentro?... (Una voz de hombre entona dentro la salida de una malagueña.)

ISIDRA. Es...

ROSA. (Levantándose y dirigiéndose hacia la derecha.) Oiga usté, que van á cantar.

UNA VOZ DE HOMBRE. (Dentro y cantando acompañado por la guitarra.)

Vivir sin ti, no es vivir;
y sin ti, no vivo yo;
más vale esperanza en ti,
que no andar en procesión,
hoy aquí, mañana allí.

VOCES. (Dentro) ¡Ole!... ¡Viva lo bueno!... ¡Viva!...

ROSA. (Con alegría.) ¡Ole! (A Isidra.) ¡Que muy rebién *cantáo!*

ISIDRA. (A Rosa.) ¿Lo ves? No puedes remediarlo. Ya te está saltando el alma en el cuerpo. De buena gana entrarías á *echar* una copla.

ROSA. ¡Que lo diga usté!...

ISIDRA. (Con sorna y haciendo un gesto picaresco.) Ahora que caigo... ¡Pues no se me había *olvidáo*!... ¿A que no adivinas quién está ahí dentro?

ROSA. ¿Quién?

ISIDRA. Paco. Ha venido con unos amigos y con dos mujeres muy guapas. (Recalcando la frase.)

ROSA. ¿Sí? (Con despecho mal disimulado.)

ISIDRA. ¡Guapas de veras! (Con tono insidioso.) Lo que pensará el hombre; un clavo saca otro...

ROSA. Lo que tiene es rabia porque no le hago cara. (Se abre la puerta de la derecha y sale por ella Paco.)

PACO. (Desde la puerta. Al Mozo.) ¡Chico!... ¡Vino!... (Como si reparase en Rosa.) ¿Es usté, vecina? (Dirigiéndose á ella.)

ROSA. Ya me ve usté.

PACO. ¡Y la veo tan real moza como siempre!

ROSA. Como que soy la misma. (El Mozo llena una bandeja re copas y la lleva á la habitación de la derecha. Isidra se retira al segundo término.)

ESCENA XI

ROSA, ISIDRA y PACO; luego EL MOZO

PACO. (A Rosa.) ¿Me deja usté que la convide?

ROSA. Se estima. (Con ligero acento de despecho.) No quiero entretenerle. Podía enfadarse la reunión.

PACO. ¡Valiente *cuidáo* se me da! Estando, como estoy ahora, al lado de usté, cien años me parecerían un minuto.

ROSA. ¡Cien años!... (Con acento irónico.) Iba usté á encontrar calvas, cuando volviese, á las señoras que le acompañan.

PACO. Por mí que se les caiga el pelo. (Sale el Mozo de la habitación de la derecha con una bandeja llena de copas á medio apurar; llega con ellas al mostrador y vacía el sobrante de las copas en la jarra.)

ROSA. (A Paco.) Ande usté, que le esperan; ande usté con ellas y diviértase.

PACO. ¡Divertirme!... Yo ya no me divierto, Rosa.

ROSA. (Con ironía.) ¿Le ha ocurrido á uste alguna desgracia?

PACO. La mayor de todas; *penar* por causa de una mujer, que maldito si hace caso de mí.

ROSA. ¡Qué pícara!... ¿Y quién es? ¿Alguna de las señoras que están ahí dentro?

PACO. No se burle usté. Conmigo no ha venido nadie. Esas mujeres vienen con dos amigos míos, y están ahí porque ellos las han *invitáo*. *Pa* mí, como si no estuviesen.

ROSA. ¡Vamos!...

PACO. La persona por quien yo *peno*, no está en aquel cuarto; usté lo sabe, y si cualquiera de esas mujeres le estorba á usté, lo dice y se marcha á la calle, y si la estorbo yo, me voy yo; porque donde yo esté y usté se presente, usté es la dueña, y la que manda, y la que dispone, y aquí está quien lo dice, y no se ha ido.

ROSA. Gracias, Paco. (Dirige á Isidra una mirada de triunfo y orgullo satisfecho.) No lo decía yo por tanto. (Despues de una ligera pausa y como si quisiera variar de conversación.) Vaya una malagueña bien *cantáa* la de antes.

PACO. No está mal; pero al lado de esté... ¡Usté sí que canta como un ángel del cielo!

ROSA. (Entre satisfecha y avergonzada.) ¡Eche usté arena!

PACO. Como si fuese hoy, tengo presente la primera vez que la oí á usté cantar. Llevo la copla en el corazón, y daría lo que me pidiesen por volverla á oir.

ROSA. No sea usté *romancero*, Paco. Cualquiera pensará que nunca ha *escucháo* usté nada mejor.

PACO. ¡Nada! Y, ahora que caigo en ello, ¿por qué no entra usté á cantarnos una malagueña?

ROSA. ¿Yo?

PACO. Hágame usté ese obsequio.

ROSA. De buena gana; pero no es posible.

PACO. ¿Por qué?

ROSA. Estoy esperando á Juan José; él es muy poco *aficionáo* á que yo entre y salga y *alterne*. Podía enfadarse.

PACO. ¡Enfadarse! Si yo fuera un desconocido, se comprende que se enfadara. Tratándose de mí, no hay caso.

ROSA. Claro que usté es su maestro, y Juan José le debe los dos ó los cuatro que gana, pero...

PACO. Pero, ¿qué?

ROSA. No puedo; de veras no puedo. El tiene su carácter, y si lo toma á mal...

PACO. No lo tomará. Es un momento, y si en ese momento llega él, que pase y se beba una copa, ó diez, ó cuarenta; están ustedes con nosotros lo que *les cumpla*, y cuando les dé la gana, se van. (Con insistencia cariñosa y como tratando de vencer la actitud indecisa de Rosa.) Vaya, haga usté algo en su vida por mí; aunque sólo sea *cantarse* una copla... (A Isidra que permanece en segundo término junto á un velador, apurando á sorbos un vaso pequeño de aguardiente.) *Señá* Isidra, ayúdeme usté á convencerla.

ISIDRA. (Acercándose.) ¿Qué es ello?

ROSA. Que Paco se empeña en oirme cantar un rato; yo no me atrevo á complacerle, porque Juan José va á venir y puede figurarse cualquier cosa y darme un disgusto.

ISIDRA. No hay motivo *pa* que Juan José se incomode; entre amigos, un *osequío* se acepta, que no somos salvajes *pa* desairar á las *presonas*.

ROSA. Yo...

ISIDRA. Anda, mujer; anda, y no te hagas *de* rogar tanto.

ROSA. Iré. (A Paco.) Advierto que no hago más que cantar dos coplas y salir.

PACO. A gusto de usté. De esa puerta adentro, usté es la reina. (A Isidra.) ¿Viene usté?

ISIDRA. Yo me voy á acostar.

PACO. (Abriendo la puerta de la derecha.) Entre primero la gracia de Dios. (Entran Paco y Rosa en la habitación de la derecha, cuya puerta se cierra detrás de ellos.)

ESCENA XII

ISIDRA y EL MOZO; á seguida EL TABERNERO; luego JUAN JOSÉ y ANDRÉS.

ISIDRA. (Al Mozo.) Dame otra copita, que quiero coger el sueño á gusto. (Sale el Tabernero por la izquierda y oye á Isidra.)

TAB. (Al Mozo.) Yo la serviré. Anda tú á la cocina, y en cuanto echen el arroz, llévalo. (Entra el Mozo en la habitación de la izquierda. A Isidra.) ¿Aquí todavía? (Entran por la puerta del fondo, Juan José y Andrés.)

ANDRES. Ya estoy *templáo*. Esta noche la tomo. (A Juan José.) He dicho que la tomo, y no estaría bien que un hombre faltase á su palabra; la tomo, aunque no se haya *arregláo* esa *chapuza*.

J. JOSE. También es capricho. (Reparando en la ausencia de Rosa.) ¿No han venido aún?

ISIDRA. (Aparte.) ¡El otro! Yo me largo. (Alto. Al Tabernero.) Hasta mañana. (Dirigiéndose al fondo.)

ANDRES. ¿Se va usté doña siglo?

ISIDRA. A mi nido á dormir.

ANDRES. ¿Pues como, si esta es la hora de las lechuzas? (Isidra se encoge de hombros y sale por el fondo sin contestar.)

ESCENA XIII

JUAN JOSÉ, ANDRÉS y EL TABERNERO; al final TOÑUELA

ANDRES. (Al Tabernero.) ¿Y esas? ¿No han venido?

TAB. Hace tiempo. Aquí las dejé con la *señá* Isidra, cuando entré en la cocina.

J. JOSE. ¿Dónde han ido? (Al Tabernero.) ¿No lo sabes tú?

TAB. No.

ANDRES. A mi casa; á aviar el *guisáo*. No te apures. ¡Verás cómo vuelven antes de lo que yo quisiera! ¡*Miá* que sábado y retrasarse, sabiendo que llevamos dinero en el bolsillo!... ¡Si fuera lunes!...

J. JOSE. Subiremos nosotros.

ANDRES. Sí, que tienes tú prisa. No habrá que buscarlas. (Viendo á Toñuela que entra por el fondo.) ¿Te convences? Aquí está Toñuela.

TOÑ. (Dirigiéndose á Andrés.) ¿He *tardáo*?

ESCENA XIV

TOÑUELA, JUAN JOSÉ, ANDRÉS y EL TABERNERO; dentro PACO, ROSA, LOS DOS HOMBRES y LAS DOS MUJERES

ANDRES. ¡Qué vas á tardar, si eres un *conómetro pa* esto de quitarme el beber! ¡Sólo que hoy te has *retrasáo*, prenda! Llevo *sopláas* unas pocas.

TOÑ. No lo digas, que bien se te conoce, borracho.

ANDRES. A mucha honra. (Se acerca á Toñuela y la pone la mano en el hombro cariñosamente.)

TOÑ. (Rechazándole cariñosamente también.) Aparta, que no estoy *pa* bromas. (A Juan José.) ¿Y Rosa?

J. JOSE. (Sorprendido.) ¿No subió contigo?

TOÑ. No; la dejé aquí.

J. JOSE. ¡Aquí!... ¿Dónde puede haberse *marcháo*? (Vuelve á oirse dentro el rasgueo de la guitarra.)

ANDRES. (Al Tabernero.) ¿Tienes gente?

VOCES. . (Dentro.) ¡Ole!... ¡Vamos á oirla!... (Una voz de mujer entona dentro la salida de una malagueña.)

J. JOSE. ¡Qué!... (A Andrés.) ¿No es esa voz la voz de Rosa?... (Avanza hacia la derecha; al oir el comienzo de la copla, se detiene.)

ROSA. (Dentro. Cantando.)

Compañero de mi alma,
mira lo que están hablando;
sin tener que ver contigo,
la gente anda murmurando.

VOCES. (Dentro.) ¡Ole! ¡Ole!

J. JOSE. (Que ha llegado seguido por Andrés hasta la puerta de la derecha, luego de mirar por el hueco que dejan libres las cortinas. A Andrés.) ¡Es ella! (Con ansiedad.) ¿Quién está con ella? (Vuelve á mirar. Con rabia.) ¡Paco!... ¡Lo ves, Andrés!... ¡Está cantando *pa* que él la escuche!... ¡Y él la obsequia!... ¡Y ella le mira!... ¡Te juro que va á durarles poco la diversión! (Abre la puerta de la derecha con violencia. Estas frases las dirá Juan José al mismo tiempo que canta Rosa; de suerte, que cuando él abra la puerta del cuarto, quede cortada la copla donde sea y llegue el canto.)

TAB. ¡Qué es esto!

J. JOSE. (Desde la puerta y hablando con los de dentro.) ¡Rosa! (Con dureza.)

PACO. (Dentro.) Entra, Juan José.

J. JOSE. (Con sequedad.) No, señor. (Como si hablara á Rosa.) ¡Has oído, que vengas aquí!... ¡Date prisa!... (Con impaciencia y cólera.)

TOÑ. (Bajo á Andrés. Por Rosa.) ¡Qué loca! (Sale Rosa por la puerta de la derecha.)

ROSA. (A Juan José.) Aquí estoy. (Reparando en la actitud descompuesta de Juan José.) ¿Qué tienes?

J. JOSE. (Cogiendo á Rosa por la muñeca con dureza y llevándola al primer término.) ¡Qué tengo!... Y tú, ¿qué hacías en esa habitación?... ¡No te he dicho que no quiero verte con nadie, y menos con él!... (Sale Paco por la puerta de la derecha y detrás de él las dos Mujeres y los dos Hombres.)

ESCENA XV

ROSA, TOÑUELA, JUAN JOSÉ, PACO, ANDRÉS, EL TABERNERO, LOS DOS HOMBRES y LAS DOS MUJERES

PACO. (Dirigiéndose á Juan José.) ¿Qué es esto, Juan José?

J. JOSE. (Con dureza.) Ya lo ve usté. Saco de ahí á Rosa, porque tal es mi gusto; y no creo que haya quien me lo estorbe.

PACO. ¿Te enfadas porque la he *convidáo* á una copa? Mía es la culpa; la ví al entrar, y la invité de buena manera.

ROSA. (A Juan José.) Yo no quería. Fué él quien se empeñó.

PACO. Me parece á mí que un amigo no ofende convidando á la mujer de otro.

J. JOSE. Un amigo, no.

PACO. Entonces...

J. JOSE. Pero, ¿usté es un amigo mío?

PACO. (Sorprendido.) ¿Qué dices?

J. JOSE. Que no es amigo de uno, el que enamora á la mujer que vive con uno y quiere quitársela.

ANDRES. ¡Juan José!...

J. JOSE. Estoy harto de disimulos.

PACO. ¿Tú dices?

J. JOSE. Lo que usté sabe tanto como yo; que Rosa lé parece buena para sus entretenimientos, y que yo he debido parecerle á usté muy poca cosa, cuando se atreve á poner en ella los ojos.

TAB. (A Paco.) No le haga usté caso.

ROSA. (Como asustada.) ¡Dios mío!

TOÑ. Tú tienes la culpa.

PACO. Está loco.

J. JOSE. No estoy loco. Hace tiempo que le vengo observando á usté y sabiendo que, con capa de amigo, quiere usté robarme lo que más aprecio en el mundo, lo sé; y como alguna vez teníamos que jugar limpio, hice antes lo que hice, y le hablo á usté como le estoy hablando en este momento.

ANDRES. (A Juan José.) ¡Ten prudencia!

PACO. (A Juan José.) Pues hablas mal y apuras mi paciencia, y te olvidas de quién soy yo.

J. JOSE. No me olvido. Usté es mi maestro, el que me da el jornal conque como, y dispone de mí y de estos brazos desde que sale el sol hasta que anochece. ¡Ya ve usté cómo no me olvido! Sin duda por eso, porque me paga usté, ha *llegáo* á creerse que todo lo mío le pertenece, y no contento con lucirse á costa de mi sangre, quiere usté mandar también aquí dentro y coger lo que aquí dentro vive y llevárselo. ¡Pues eso no, señor Paco, eso no!...

PACO. (Con cólera.) ¡Mira lo que dices!

J. JOSE. Digo, que pobre, pero no tanto. Mi sudor, bueno; mi trabajo, bueno también; de usté son, porque usté los paga. (Cogiendo á Rosa por un brazo y atrayéndola hacia sí.) Pero esto no se paga con dinero; no hay dinero que lo pague en el mundo. Esto es mi vida, mi alma, me pertenece y no lo suelto.

TAB. (A Juan José.) No armes escándalo en mi casa.

PACO. (A Juan José.) Acaba de faltarme, porque se me acaba el aguante. (Avanzando hacia Juan José; los Hombres que acompañan á Paco, hacen ademán de seguirle.)

ANDRES. (Interponiéndose entre los que avanzan.) Quietos, que son dos hombres solos.

PACO. (A Juan José.) ¡Con que buscas pelea!

J. JOSE. Yo no busco nada. Digo lo que debo decir y me atengo á los *resultáos*. (Con energía.)

PACO. (Con ira.) *Tentáo* estoy de responderte que tienes razón; que la quiero, y que he de poder poco si no te la quito aunque sea delante de tus ojos. (Trata de avanzar hacia Juan José; los que van con él lo detienen.)

J. JOSE. (Avanza al mismo tiempo que Paco.) ¡Quitármela!... (Se detiene como reprimiendo su cólera. A los Hombres que detienen á Paco.) No sujetarle. (A Paco.) Pruebe usté. A la calle vamos. (Dirigiéndose á Rosa.) Sal delante, y sal tranquila, y ve despacio. Anda.

TOÑ. Yo iré. (Haciendo ademan de acompañar á Rosa que se dirige al fondo.)

J. JOSE. (A Toñuela.) He dicho que sola. (A Paco.) Esa mujer es la mía, la que yo quiero; y la quiero *pa* mí sólo, ¡sólo!... (Rosa abre la puerta del fondo y sale por ella.) ¿Hay quien dice que desea quitármela? ¡Que pruebe!... Sola va. El que la quiera, que salga por ella. ¡Pero no olvide que tiene que salir por esta puerta; (La del fondo.) y que en esta puerta estoy yo!... (La actitud de los actores será la siguiente. Juan José en el fondo. Paco, en primer término, sujeto por los Hombres y las Mujeres que le acompañan. El Tabernero al lado de Paco. Andrés cerca de Juan José. Toñuela junto á Andrés.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

El teatro representa el interior de la casa donde habitan Rosa y Juan José. Puerta al fondo, que supone ser la de la calle; una en el lateral derecho y otra en la izquierdo.

En primer término, á la derecha, una cómoda de pino, pintada, desvencijada y resquebrajada por varios sitios; encima dé la cómoda dos floreros de loza con flores de papel, una imagen de barro y un quinqué de hoja de lata con pantalla de cartón verde; pegado á la pared, encima de la cómoda, un periódico taurino con el retrato de un torero; una mesilla baja de pino; tres ó cuatro sillas de Vitoria en mal uso y un banquillo de madera, completan el mueblaje de la habitación. En los dos costados del fondo y pegados á la pared, dos números ilustrados de *La Lidia*. En la pared de la izquierda, un espejo de mano pendiente de un clavo. A la derecha, un brasero de hierro con tarima y sin lumbre, mediado de ceniza.

Al levantarse el telón, aparecen en escena Rosa, Isidra y Toñuela. Toñuela y Rosa, sentadas en primer término junto á la mesa. Isidra, en pie, cerca de la puerta del fondo, como si acabara de entrar.

ESCENA PRIMERA

ROSA, TOÑUELA é ISIDRA

ISIDRA. (Restregándose las manos.) ¡Vaya un frío!... ¡Se quedan los pájaros tiesos en la calle! ¡Hay más de una cuarta de nieve; y dura como un mármol!... (Acercándose al brasero y removiendo la ceniza con la badila. A Rosa.) ¿No tienes lumbre?...

ROSA. (Con ironía amarga.) ¡Lumbre!... ¡Dios la dé!... ¡Por supuesto, *pa* la falta que hace!... El fogón no la necesita, porque está huérfano de alimento, y yo... Acostumbrándose á no comer, bien puede una acostumbrarse á tiritar.

TOÑ. Y que las desgracias siempre vienen juntas. ¡Parece que nos ha caído una maldición! Primero nosotras; al día siguiente, Juan José sin trabajo, y el viernes Andrés. (A Isidra.) ¡Le digo á usté, que es *pa* tirarse de los pelos!...

ISIDRA. ¡Ya! ¡ya!...

TOÑ. ¡Y gracias á que Andrés tiene la casa de su madre!

ISIDRA. (A Rosa.) ¡Qué quincena lleváis!

ROSA. ¡Y cada vez peor! (Con desesperación.)

ISIDRA. (Con fingido cariño.) ¡No te apures!... Como á hija te quiero, y no consentiré que lo pases mal *en tan y mientras* yo pueda evitarlo. Una cazuela de sopas he puesto á la lumbre, y media espuerta de cisco en el brasero. Las sopas vienes á comerlas cuando estén *aviáas*, y el cisco, tu brasero me llevo, le echo la *mitá* del mío y te traigo un poco de calor. (Haciendo ademan de coger el brasero.)

ROSA. ¡Déjelo usté!...

ISIDRA. *¡Miá* que dejarlo!... (Cogiendo el brasero.) ¡Vuelvo en seguida!... (Sale por el fondo. Comienza á obscurecer.)

ESCENA II

ROSA y TOÑUELA

ROSA. (Por Isidra.) ¡Qué buena es!...

TOÑ. ¡Bondades hay que meten miedo! ¡La de la *señá* Isidra es una de ellas!

ROSA. (Con tono de reproche.) ¿Vas *á tomarla* con la pobre?

TOÑ. Sí la tomo; porque esa vieja es lo mismo que la polilla, donde entra, daña.

ROSA. ¡Qué cosas dices!

TOÑ. Y hace mal en venir á tu casa. El mejor día, la saca *arrastras* Juan José.

ROSA. No tiene motivos.

TOÑ. ¿Me quieres hacer comulgar con ruedas de molino?

ROSA. No te quiero hacer comulgar con *náa*. Tú eres la que miras bultos donde no los hay. (Entra Isidra por el fondo con el brasero apoyado en una cadera y sujeto con la mano derecha y una alcuza de aceite en la mano izquierda. Al entrar, deja la alcuza encima de la cómoda.)

ESCENA III

ISIDRA, ROSA y TOÑUELA; al final IGNACIO y ANDRÉS

ISIDRA. (Dejando el brasero en el suelo.) ¡Ya está aquí el brasero! ¡Y calienta que es una bendición! ¡*Acercarse*, hijas, *acercarse*!... (Rosa y Toñuela se acercan al brasero.)

ROSA. (Poniendo las manos cerca de la lumbre.) ¡Estoy *arrecía*!...

ISIDRA. También traigo un poquillo de mineral; las noches son largas, y se pone una muy triste cuando está á obscuras.

ROSA. (Con tono de gratitud.) ¡Por Dios!... ¿Cómo pagar á usté?...

ISIDRA. Ya me pagarás, hija; ya me pagarás. Este mundo da muchas vueltas. (Al ver que Rosa hace ademán de levantarse á arreglar el quinqué, la detiene.) Yo misma lo avío. Caliéntate tú, que buena falta te hace. (Isidra se dirige hacia la cómoda, y sigue la conversación mientras arregla el quinqué y lo enciende. Rosa vuelve á sentarse.)

ROSA. (Con desesperación.) ¡Qué vida, Santísima Vírgen, qué vida!...

ISIDRA. ¡Pensar que todo esto lo ha traído el pícaro genio de tu hombre!...

TOÑ. Eso no es verdad.

ROSA. ¿Le defiendes?

TOÑ. Pues claro. Si te vió con quien le da celos, ¿qué iba hacer? Si yo me hubiese atrevido á lo que tú, y Andrés se hubiera *portáo* como se portó Juan José, más le

querría yo desde entonces, y todo lo llevaría á gusto sabiendo que él se jugaba la vida y el pan porque otros ojos que los suyos no me mirasen como él me mira.

ISIDRA. (Con ironia.) ¿Sí?

TOÑ. No era mi hombre, y se me erizó la carne de orgullo cuando le ví ponerse delante de la puerta y decir: «¡El que la desee, que salga á buscarla!» El otro no salió; por supuesto, hizo bien. Si sale, de la puerta no pasa. Había en la cara de Juan José algo que hablaba y que decía: «Al que se la atreva, lo mato.»

ISIDRA. Calla, mujer, calla. ¡*Paéce* que te has *pasáo* los años leyendo esas historias que tiran por debajo de las puertas á cinco céntimos el *cuaerno!*

TOÑ. No sé leer.

ISIDRA. Nadie lo diría; que eres *pintiparáa* á un *presonaje* de los que salen en esos libros. Bueno que una persona se acalore cuando hay fundamento. Aquella noche no lo había.

ROSA. Eso digo yo. Paco me invitó *á buen hacer*. Si á Juan José no se le hubiera subido la sangre á la cabeza, nos habríamos *evitáo* el disgusto y las *resultas*, que no son flojas.

ISIDRA. Juan José lo echó todo á barato...

ROSA. ¿Y qué ha sucedido? Que á la mañana siguiente le dieron la cuenta y le despidieron de la obra; que durante ocho días hemos ido tirando con lo que había en casa, y que, á la presente, se consumió todo. La lana del colchón á *puñáos* hemos ido vendiéndola; mis dos pares de enaguas, las sábanas, la colcha y media docena de camisas que teníamos entre los dos, están en la casa de préstamos; su capa no la he *llevúo*, porque no la toman; de manta nos sirve. *Anteayer* empeñé mi mantón en diez reales; con ellos hemos *pasáo* hasta hoy, y hoy *náa*, un cacho de pan *rociáo* con aguardiente, y á esperar el maná, porque lo que traiga Juan José, en la frente dejo que me lo claven.

ISIDRA. ¡Jesús, qué desdicha!

ROSA. ¡A ver si hay quien la aguante!... ¡Yo no!...

TOÑ. ¡Mujer!

ROSA. ¡Y que esto ocurra por no venirse él á razones!...

TOÑ. Ocurre, por ser tú ligera de cascos, y meterte á cantar donde estaba Paco, y no haberle *paráo* á tiempo los pies.

ROSA. ¡Yo!...

TOÑ. Demás hizo Juan José, que se creyó lo que le digiste, y no te rompió un hueso. (Aparecen en la puerta del fondo Andrés é Ignacio.)

ROSA. ¡Hubiera *estáo* bien que me pegase!

TOÑ. Por menos he *llebáo* yo muchos cachetes.

ANDRES. (Desde la puerta.) ¡Y los que llevarás!... ¡Más efecto os hace á las mujeres un cachete á tiempo, que un sermón de Cuaresma! Entra, *Inacio*. (Entran Andrés é Ignacio.)

ESCENA IV

ROSA, TOÑUELA, ISIDRA, ANDRÉS é IGNACIO

IGNACIO. (A Rosa.) ¿No ha vuelto ese?

ROSA. No.

ANDRES. Como si lo viera, vuelve con las manos vacías. Así, como así, es fácil encontrar trabajo. ¿Sales de una parte?... Pues aguarda *sentáo* á que te llamen de otra.

IGNACIO. Y Juan José, menos. Ya has oído al maestro con quien hemos *estáo* hablando *por* él.

ROSA. ¿Qué os ha dicho?

ANDRES. Pues nos ha dicho: Juan José es un buen oficial, pero no puedo darle ocupación. ¿Sebéis lo que hizo con Paco la otra noche? Gasta muy mal genio, y no respeta á nadie.

IGNACIO. ¿Que no respeta? ¿Por qué no respeta?... ¿Porque no ha querido sufrir que su maestro se burle de él y requiebre á la mujer que vive con él? ¡*Peazos* le hubiera hecho yo!

ANDRES. No faltó mucho. ¡Negro me ví *pa* sujetarle! (A Rosa.) ¡En menudo *fregáo* nos metiste!

ROSA. ¿Yo?... ¿Dirás que tuve yo la culpa?

ANDRES. ¿Pues quién la tuvo? ¿La Cibeles?

ROSA. ¿En qué *faltáo* yo? ¿Porque un hombre le diga á una mujer buenos ojos tienes, ya han *faltáo* la mujer y el hombre? ¿Se ha *propasáo* Paco conmigo? ¿Le he *dejáo* yo que se propase? ¡Entonces!... Sólo que Juan José y Toñuela, y tú, os empeñáis en echarme los cargos encima; y yo aquí *pa* sufrirlo todo: privaciones, desconfianzas... Y si un día me harto y tiro por la calle de enmedio, me pondréis como un trapo. (Llorando más de rabia, que de sentimiento.) ¡Vaya que tiene esto mucho que ver!...

ISIDRA. No te apures.

TOÑ. ¡Chica, no es *pa* tanto!

ANDRES. Ahora unas lagrimita s... Todas las mujeres sois lo mismo. A creeros, nunca tenéis la culpa de nada. Os dejáis requebrar sin mala intención; dais en cara á un hombre con otro, como quien da una broma; os reís con el que os piropea; le hacéis arrumacos delante del que os quiere, y un día, esos dos hombres, que se han *tomáo* entre ojos, se disparan, se dicen cuatro desvergüenzas, la emprenden á navajazo limpio; van, el muerto al hoyo y el vivo á la cárcel, y vosotras rompéis á llorar y á decir, con cara de inocentes: ¡Yo no tengo la culpa!... ¡Quién iba á pensarlo!... *¿Verdá?*

ROSA. (Con despecho.) ¡Andrés!...

ANDRES. Si os damos celos, os ponéis *moños*; si os advertimos, os reís; si os reprendemos, os enfadáis, y si os pegamos, nos llamáis brutos... ¡Brutos!... ¡Más vale ser bruto que...! ¡Como los hombres siguieran mi consejo, no haríais tantas piernas vosotras!

ISIDRÁ. (Bajo á Rosa.) ¡Qué borrico!

TOÑ. (A Andrés.) ¡Déjala en paz!

ROSA. (A Andrés.) ¡Si Juan José te oyera!

TOÑ. Si lo oyera, ¿qué?

ANDRES. Quizás que se pusiese de su parte, porque el que media entre un hombre y una mujer, ese pierde. Lo sé de buena tinta.

IGNACIO. ¿Tú?

ANDRES. En persona; y no hace veinte días que pasó.

TOÑ. ¿Qué pasó?

ANDRES. Verás. Bajaba yo por la calle de Embajadores, y al desembocar en el Barranco, me veo á uno que le estaba *atizando* á su mujer, ó lo que fuera, un palizón de *órdago*. No es que yo me asuste por que se les tiente el traje á las mujeres, pero aquel ciudadano pegaba tan fuerte, y ella soltaba tales *quejíos*, que me dió lástima y me metí por medio, y sujeté la mano del hombre y le dije: «*¡Camará*, basta; ni que fuese la señora una caballería!» El sujeto era razonable y se contuvo; ¡pero ella!... ¡A ella había que verla!... Se puso en *jarras*, se vino *pa* mí, arrimó su cara á la mía, como si quisiera tragérseme, y me soltó esta *rociáa:* «¿A usté qué, si me pega, *tio morral?*... *¡Pa* eso es mi marido!...» Vamos, que si me descuído, me pega ella á mí.

IGNACIO. Y, ¿qué hiciste?

ANDRES. ¡Calcula!... Gritarle al otro: «¡Siga usté hasta que se canse, buen amigo!» y echar por el Barranco abajo, jurando no meterme *en jamás* en líos de mujeres y de hombres.

ISIDRA. Pronto has *olvidáo* el juramento.

ANDRES. Porque se trata de Juan José. Juan José es un amigo, y no quiero que ni él, ni ésta (Por Rosa.) tengan que sentir. (Se acerca á Rosa.) ¡Déjate ya de lloriqueos!

ISIDRA. (A Rosa.) Claro; no te aflijas ni hagas caso de éste.

ANDRES. Hazlo de ella, que te irá mejor.

IGNACIO. Haya paz; basta de tontunas. (A Andrés.) Puesto que Juan José se tarda, bajaremos tú y yo á la taberna. Enrique debe estar allí con el *recáo* de si hay ó no obra, en ese pueblo.

ANDRES. Dios lo haga, porque estamos todos en las últimas. (A Rosa.) Cuando venga, dile que abajo le aguardamos.

IGNACIO. (A Andrés.) Anda.

ANDRES. (A Toñuela.) Tú, vete á aviar y que estés lista *pa* cuando yo suba.

ROSA. (A Andrés.) ¿Cenáis en casa de tu madre?

ANDRES. Y si no cenamos allí, no cenamos. Hay donde escoger. Hasta luego. (Salen por el fondo Toñuela, Andrés é Ignacio. La primera, por el lado derecho de la puerta, y los otros por el izquierdo.)

ESCENA V

ROSA é ISIDRA

ISIDRA. ¡Lo ves!...

ROSA. Sí, señora, lo veo; estoy conforme con usté; ¡es ya *demasiáo!*

ISIDRA. Naturalmente.

ROSA. ¡Y no aguanto más!... ¡Ea, que no!... Si Juan José no cambia de genio, si no halla trabajo, si él y todos siguen mortificándome con el otro, yo sé lo que tengo que hacer.

ISIDRA. ¡Cambiar de genio!... ¡Sí, sí! ¡Otro gallo te cantaría! ¿Te crees que si le hubiese *habláo* á Paco y se hubiera *rebajáo* unas miajas con él, Paco le hubiese *echáo* de la obra? De ningún modo. Paco no es malo; ¡que va á serlo! tiene un corazón de oro, y *respetive* á tí, descolgaría la luna del cielo por complacerte.

ROSA. ¿Él?...

ISIDRA. Mas que tú padece viéndote padecer. Sólo que, lo que dice: «¡Gotas de mi sangre diera yo *pa* que á Rosa no le faltara nada; pero si me desprecia, y prefiere las fatigas y los malos tratos con él, al bienestar y al descanso conmigo, allá se las componga, mientras yo me como los puños de rabia! Ya que rabie yo, rabiaremos todos.»

ROSA. ¡No será tanto!

ISIDRA. ¿Que no?... De sobra conoces lo *enamoráo* que está de tí. ¡Pena da ver lo que sufre por causa tuya!... ¡Lástima de hombre! ¡tan fino, tan simpático y con muchos billetes en la cartera!... ¡Lástima de tí que podrías estar á la *hora de ahora* en una buena casa y con un

mantón *alfombrío* en los hombros y dos orlas de brillantes en las orejas, y cuatro ó cinco sortijas en esos *déos* tan bonitos que Dios te ha *dáo!*...

ROSA. (Suspirando.) ¡Ay!

ISIDRA. ¡Qué pareja haríais!... De tí no hay que hablar; y él... ¡No me negarás que Paco es un buen mozo!

ROSA. ¡Si no lo niego!...

ISIDRA. Como que te gusta más que el otro; y te pondría á flote... No sé qué esperas.

ROSA. ¡Yo! (Como vacilando. Con tono de duda.) No me determino *señá* Isidra, no me determino.

ISIDRA. Haces mal. ¿Sabes lo que me ha dicho esta mañana Paco?

ROSA. ¿Qué?

ISIDRA. Pues me ha dicho: «Vea usté á Rosa; pregúntele si puedo hablar con ella, y asegúrela que como ella me quiera, haré lo que me pida y no habrá quien la toque el pelo de la ropa, porque yo estoy *pa* salir por todo y á mí no se me come nadie.»

ROSA. ¿Le ha dicho á usté eso?

ISIDRA. Como lo oyes. Conque tú verás.

ROSA. ¡Hablar con él!... (Como si dudara.)

ISIDRA. Y ello ha de ser hoy. A Paco se le ha *rematáo* la paciencia; vendrá á verme luego *pa* saber tu resolución. Además, yo también necesito que decidas una cosa ú otra, porque me estoy exponiendo á que Paco me dé un disgusto. Anda muy *escamáo* conmigo y más va á escamarse, si me ve que hablo con el otro, y que entro y salgo mucho en tu casa.

ROSA. Pero...

ISIDRA. ¡No seas tonta!... Con hablar á Paco, no adquieres compromiso formal. Hablas con él, le oyes...

ROSA. (Mirando hacia la puerta del fondo.) ¡Chist!... Juan José. (Entra Juan José por el fondo, donde se detiene.)

ESCENA VI

ROSA, ISIDRA y JUAN JOSÉ

J. JOSE. (Desde la puerta. Con desaliento.) ¡Nada!... ¡Nada!... Parece que el hielo de la calle se les ha metido en el corazón á los hombres, según lo tienen de duro y de frío *pa* mí. (Avanza hacia Rosa, que le mira como interrogándole.) ¿Qué me miras?... Ya puedes suponértelo; no hay trabajo; no lo encuentro en ninguna parte, ¡en ninguna!... ¿De qué sirve tener buena *voluntá* y buenos brazos y saber su oficio?... ¿De qué?... ¡Ni que el trabajo fuese una limosna *pa* que á uno se lo nieguen!... ¡Pues qué, no hay más que condenar á un hombre á morirse de hambre ó á pedir por Dios!... ¿Hay en esto justicia?... Y si no la hay, ¿por qué sucede?... ¡Luego dicen que si los hombres matan y roban!... ¡Qué van á hacer!... (Se deja caer junto á la mesa en actitud desesperada y oculta la cabeza entre los puños.)

ISIDRA. Ten calma y ven á calentarte un poco, que hace mucho frío en la calle.

J. JOSE. (Levanta la cabeza. Con amargura y sorpresa.) ¡Calentarme!... ¿Dónde?... (Reparando en el brasero encendido.) (A Rosa.) ¿Cómo? ¿Tienes fuego?

ROSA. Gracias á la *señá* Isidra que me ha traído un poco de lumbre.

J. JOSE. (A Isidra. Con ironía amarga.) ¡Ah! ¿con que es usté la buena alma que se ha *compadecio* de nosotros?... ¿Y quién le ha *dáo* á usté los dineros *pa* hacer la obra de *caridá?*

ISIDRA. ¿Qué dices?

J. JOSE. ¡Que en jamás se ha *compadecio* usté de nadie, sin su cuenta y razón!

ISIDRA. ¡Juan José!... (Como ofendida.)

J. JOSE. ¡Le tiene usté mucha ley á esta casa! Sobre todo, cuando no estoy yo en ella.

ROSA. (Con tono de reproche.) ¿Te enfadas con la pobre, después de lo que hace por mí?...

J. JOSE. ¡Por tí!... (Con sarcasmo.) ¡Es muy buena la *seña* Isidra, muy buena!... *Miá* si los es, que sólo procura por tu *felicidá*, y viendo que no la has *encontráo* conmigo, viene á proporcionártela con otro. ¡Con Paco!

ROSA. No hables así.

J. JOSE. (A Isidra.) ¿Imagina usté que ando ignorante de sus manejos? Pues estoy al cabo de la calle. Tan *enteráo* vivo de lo que Paco trata con usté, como de lo que usté viene á hacer á mi casa.

ISIDRA. Te equivocas; te juro que...

J. JOSE. No jure usté en falso. Usté se ha *conchaváo* con el otro *pa* engañarme á mí, *pa* convencer á ésta. Y la ocasión no es mala. ¡Saben *ustées* que *estamos en las últimas*, que la desgracia nos tiene *apretáos* por el cuello, y se piensan que ella cederá, que yo bajaré la cabeza, porque el hambre es mal consejero del querer, y la miseria mala compañera de la honra; se figuran *ustées* eso, y él se *achanta* y espera, mientras usté le ayuda y viene á robarnos lo único que nos á *quedáo*, un poco de cariño!... Pues se equivoca él y se equivoca usté. No sé cuál es ó cuál será el *sentir* de Rosa; el mío... Hay algo que me hará vender el hambre, la vergüenza.

ISIDRA. (A Rosa.) ¿Ves que mal *pensáo*, hija?... (A Juan Jose.) ¿Me tienes por capaz de favorecer á ésta con mala intención?... (Como indignada y sorprendida.) ¡Jesús, María y José!... No estás *en tus cabales*.

ROSA. (A Juan José.) ¡Parece mentira que la insultes, cuando viene á darnos su miaja de pobreza!

J. JOSE. No la defiendas. ¡Mira que me resisto á dudar de tí, y si la defiendes, voy á hacerlo! (Con tono de amenaza. A Isidra.) ¡A usté!... Ya se lo he dicho; no quiero nada que de usté venga. Sólo un favor la pido; que salga de esta casa, y que no se le ocurra más poner los pies en ella.

ISIDRA. ¡Me echas de tu casa!

J. JOSE. Sí, la echo á usté.

ROSA. Pero...

J. JOSE. ¡No has oído que calles!... (A Isidra.) Nada quiero de usté, lo repito; ni el pan que me ofrece, y se me atravesaría en la garganta antes de tragarlo; ni esta lumbre maldita, (Empuja con el pie el brasero que medio se vuelca, en forma que gran parte de la lumbre se desparrama por el suelo.) que me enciende la cara y me da más frío en el corazón, que la nieve de la calle en el cuerpo. (Avanzando hacia Isidra.) ¡No quiero nada, nada más que no verla á usté; conque andando y de prisa, si no prefiere usté que la coja por el cogote y la eche yo mismo!...

ISIDRA. (Con temor.) ¡Basta, hombre, basta!... Ya me voy. (Retrocediendo hacia la puerta; cuando llega á ella, se detiene, se encoge de hombros y le dice á Juan José.) ¡Tú te arrepentirás! (Sale Isidra por el fondo.)

ESCENA VII

ROSA y JUAN JOSÉ

J. JOSE. (Con desprecio.) ¡Arrepentirme!...

ROSA. (Con enfado.) No te arrepentirás, no hay *cuidáo*. Sería la primera vez que te arrepintieses de tus prontos.

J. JOSE. (Sorprendido.) ¡Mis prontos!... ¿He hecho mal despidiéndola?

ROSA. (Con ironía.) ¡Quiá!... ¡Si lo has hecho perfectamente! ¿A qué ha venido la señora Isidra? A ofrecerme una cazuela de sopas, y á traerme un cogedor de cisco. ¡*Miá* que ofrecernos eso á nosotros, que tenemos medio cordero en el fogón y un quintal de cok en la chimenea!... ¡Es mucho faltar!... ¡Bien prudente has *estáo!*... ¡Había *pa* ahorcarla!...

J. JOSE. ¿Pero estás ciega, ó te burlas de mí? (Con enojo.) ¿Aún no has entendido lo que huronea esa mujer? (Con tono de recelo.) ¿Es que te has propuesto no entenderlo?...

ROSA. Como nada malo me ha dicho, nada malo tengo que pensar de ella. (Con displicencia.)

J. JOSE. ¿Con que no?... ¿Con que te encierras en negar sus propósitos?... ¿Con que no los conoces?...

ROSA. No. Sólo sé que por causas de tus cavilaciones y de tus recelos, estamos como estamos.

J. JOSE. (Con enojo.) ¡Rosa!

ROSA. (Con sarcasmo.) No te incomodes... Ya te se ha satisfecho el gusto. ¿Qué más quieres si *te has salido con la tuya?* ¡Aunque yo reviente, no importa!

J. JOSE. ¿Pero cómo voy á portarme? ¿Iba yo á sufrir que Paco te cortejase y me ofendiese, por no perder el jornal que me daba? ¿Voy por una *cucharáa* de sopas á conformarme con los trapicheos de la Isidra? ¿Voy á hacer eso?... ¿Te has creído que voy á hacer eso?... ¿Quieres que lo haga?... ¡Habla y acaba de una vez!

ROSA. Yo me refiero á lo que sucede; á que tu genio nos lleva de mal en peor, y te pregunto hasta cuándo van á durar estas desdichas.

J. JOSE. Tú...

ROSA. Sin duda tendrás algún medio *pa* salir del atranco, cuando te atreves á resollar tan fuerte. Lo tienes, *¿verdá?*

J. JOSE. No; no tengo ninguno, ¡ninguno!... (Con desesperación.)

ROSA. ¿Qué aguardas entonces? ¿Que yo me consuma aquí dentro, como un candil falto de aceite?... Claro, como los hombres entráis y salís, nunca os falta un amigo que os convide á una cosa *ú* á otra. Con eso se va uno defendiendo, y á la mujer, que la parta un rayo.

J. JOSE. Pero, ¡qué hablas!... ¿No sabes que si alguien me diera un pedazo de pan, ese pedazo de pan llegaría á tus manos sin que yo lo tocase?... (Con pasión.) ¿No comprendes lo que tú significas *pa* mí? ¿Ignoras que desde el punto de conocerte, sólo en tí he *pensáo*, y de cuanto he tenido has dispuesto?... *Pa* mí se acabó el mundo al mirarte. Amigos, diversiones, ¡hasta el vaso de vino que tomaba en la taberna al volver de la obra!... A trabajar *pa* ella, me dige, y con calor, con frío, cortándome el viento la carne ó abrasándome el sol la

piel, cantaba yo encima del andamio, más contento que nunca, porque aquel frío, y aquel calor, y aquel dale que le das sin descanso, eran mi jornal, el cuarto donde habitas, tu comida diaria, tu paseo de los domingos, el vestido de percal *pa* tu cuerpo, el mantón de lana *pa* tus hombros, ¡tú entera que vivías por mí!... ¡Qué me importaban el cansancio, y la faena, y el peligro!... ¡Calcúlate lo que iba á importarme padecer de día, si me esperabas tú por la noche!... Ahí tienes lo que he hecho; lo que haría hoy mismo si pudiese; lo que deseo hacer... ¡Si hasta pediría *pa* tí una limosna, *pa tí*, *pa* mí no! ¡si no creyera que ibas á avergonzarte de que esta juventud y estos brazos sirvieran sólo *pa* echarse *pa alante* y pedir por Dios! ¡Y aún dices que no me interesas, que te abandono y te descuido!... ¡No lo digas, Rosa, no lo digas!... ¡Por tí lo intento yo todo, todo!... ¿Qué quieres que haga?...

ROSA. Tú lo sabrás. ¿Qué voy yo á decirte?... ¿Qué sé yo?...

J. JOSE. (Con tristeza y asombro.) ¡Nada más que eso me contestas!...

ROSA. ¿Qué voy á contestarte? Como no te conteste que no he comido desde ayer y que esta noche nos helaremos juntos en aquel camastro.

J. JOSE. ¿Tú crees que yo puedo evitarlo?

ROSA. ¿Crees tú que se puede vivir de este modo?

J. JOSE. ¡Rosa!... (Con desesperación.)

ROSA. (Con acritud.) No; así no se vive; así no se puede vivir.

J. JOSE. ¿Y cómo impedir lo que está ocurriendo? ¿No pido trabajo?... ¿No lo busco? ¿Tengo la culpa de no encontrarlo?

ROSA. ¿La tengo yo de que no lo encuentres?

J. JOSE. (Con asombro y pena.) ¿Qué te propones al contestarme *de* esa forma? ¿No es bastante martirio el mío *pa* que tú lo aumentes?... ¿Te has propuesto desesperarme?

ROSA. No me he propuesto nada; te cuento lo que hay; te lo pongo delante de los ojos. ¡Tú eres el hombre y debes resolver, porque yo no resisto más!

J. JOSE. (Con enojo.) ¿No?...

ROSA. (Con firmeza.) No.

J. JOSE. ¿Te has *olvidáo* de que la mujer tiene obligación de sufrir por el hombre que vive con ella?

ROSA. ¿Te has *olvidáo* tú de que el hombre tiene obligación de que no se muera de hambre la mujer que vive con él?

J. JOSE. (Con enojo.) ¡Oh!... ¡Esto es *demasiáo!*...

ROSA. (Con sequedad.) *Demasiáo,* sí.

J. JOSE. (Luego de comtemplar á Rosa un instante. Con tono desengañado y duro.) Rosa, ¡tú eres mala!

ROSA. (Con brusquedad.) ¡No sé lo que soy; pero carezco de todo, de lo más preciso, y no puedo pasar sin ello; porque sin nada, no se pasa. ¡Si tú no me lo das, tendré que buscarlo!

J. JOSE. (Con ira.) ¡Buscarlo!... ¿Has dicho, buscarlo?... (Acercándose á Rosa y mirándola casa á cara. Con furor.) ¡A ver, repite eso, repítelo!... ¡Vamos, que yo lo oiga!

ROSA. ¿*Pa* qué he de repetirlo?...

J. JOSE. ¡No; si no tienes que repetirlo con la lengua, si lo repites con los ojos, si te sale por ellos la dañina intención! (Cogiendo brutalmente á Rosa por el brazo.) ¡Eres una infame!... ¡Una infame!...

ROSA. ¡Suelta, que me haces daño!... (Con dolor y rabia.)

J. JOSE. (Sin soltar el brazo de Rosa.) ¡Daño!... ¡Mayor me lo has hecho tú á mí, y más adentro!... (Fuera de sí.) Eres una infame, te lo repito. ¡No; tú no mereces que se te trate como te he *tratáo* yo!... A tí, hay que tratarte de otro modo; ¡como lo que eres, como lo que eras cuando te conocí! ¡Como...! ¡Así! (Levanta la mano y la deja caer sobre Rosa. Aparece en el fondo Toñuela. Rosa hace un esfuerzo y se desase de Juan José, retrocediendo hacia el fondo. Juan José avanza hasta ella y vuelve á levantar la mano. Toñuela se interpone y sujeta el brazo de Juan José.)

TOÑ. ¿Qué es esto, Juan José?...

ESCENA VIII

ROSA, TOÑUELA y JUAN JOSÉ; luego ANDRÉS

J. JOSE. No me sujetes; ¡suelta!... (A Toñuela.)

TOÑ. ¿Te has vuelto loco?... ¿Vas á pegarle después de lo que la pobre está sufriendo? (Con tono de reproche.)

ROSA. (Llorando.) Deja que me pegue. Se conoce que no le basta con medio matarme á privaciones y quiere rematarme á golpes. (Al oir estas palabras, Juan José retrocede y depone su actitud de violencia.)

TOÑ. (A Juan José.) ¡Vamos! (Con tono contemporizador.) *¡Cuidáo,* que sois brutos los hombres! La veis á una ahogándose de pena, y *entoavía* apretáis la argolla!...

J. JOSE. ¡No sabes cómo me ha *tratáo!*...

TOÑ. ¡Si creerás que cuando se tiene éste vacío, (El estómago.) se está con humor de templar gaitas! (Entra Andrés por el fondo.)

ROSA. ¡Pegarme á mí! ¡A una mujer!... ¡Qué valentía!... (Se deja caer llorando en una silla.)

ANDRES. (A Rosa.) ¿Ha habido *solfa?* (A Juan José, como quien no da importancia al suceso.) Abajo ha *estáo* Enrique.

J. JOSE. ¿Y qué dice?... ¿Hay trabajo? (Con ansiedad.)

ANDRES. Luego, cuando alarguen los días, que se paga lo mismo y se trabaja más.

J. JOSE. Y hasta entonces, ¿qué va á ser de nosotros? (Con espanto.)

ANDRES. (Con sarcasmo.) Lo que sea. ¿Qué les importamos á ellos nosotros?... ¿Que nos morimos de necesidad? Tal día hará un año.

J. JOSE. ¡Dios mío!... ¡Dios mío! (Se deja caer con desaliento junto á la mesa.)

ANDRES. ¿Estás lista? (A Toñuela.)

TOÑ. Sí.

ANDRES. Pues vamos á casa de madre. Gracias á que vive cerquita, si no, íbamos á quedarnos *acarameláos* en el camino. ¡Cae una *heláa,* superior!... De modo, que nos embaulamos la cena y á casa corriendo, á meterse en

la casa, que es donde nos abrigamos en invierno los pobres. La suerte es muy sabia. ¿No nos da dinero *pa* carbón? Pues nos da lo justo *pa* comprarnos camas estrechas, muy estrechas, y váyase lo uno por lo otro.

ROSA. (Sollozando.) ¡No; no lo sufro!...

ANDRES. (A Rosa.) ¡Bah, chica, nubes de verano!... Lo que habrá *pensáo* Juan José: á falta de pan, buenas son tortas.

J. JOSE. (Aparte.) Rosa tiene razón; la tiene. Así no se puede seguir.

ANDRES. (A Juan José.) Oye, tú: no sé lo que habrá puesto la vieja; pero de lo que haya, os traeremos un poco.

J. JOSE. ¡Gracias, Andrés!

ANDRES. ¡Gracias!... ¡Has *estáo* bueno, hombre!

ROSA. (Bajo, á Toñuela.) No te vayas. Es una fiera. (Por Juan José.)

TOÑ. ¡No ves que está llorando! Las fieras no lloran.

ANDRES. (A Toñuela.) Anda, tú. (Marcando con los dedos el movimiento de salida, y haciendo la pausa que el actor juzgue necesaria.)

TOÑ. (A Rosa.) Hasta después. (A Juan José.) ¡*Cuidáo* con volver á las *andáas!*... (Salen por el fondo Andrés y Toñuela. Después de una ligera pausa, durante la cual Rosa pèrmanece sentada dando la espalda á Juan José, y éste mirándola con expresión de angustia y amor, Juan José se dirige hacia Rosa, se detiene antes de llegar á ella y vacila algunos instantes como si no supiera de qué modo romper el silencio.)

ESCENA IX

ROSA y JUAN JOSÉ

J. JOSE. (Bajo.) ¡Rosa!... (Viendo que ésta continúa con la cabeza oculta entre las manos sin contestarle.) ¡Rosa! (En tono de súplica.) ¿No me contestas?... ¡Mírame!... ¿No quieres mirarme?...

ROSA. (Como si no oyera á Juan José.) ¡Verme como me veo por él y pegarme encima!... ¡Era lo único que faltaba, y ya llegó!...

J. JOSE. (Dando la vuelta por detrás de la silla y poniéndose delante de Rosa.) ¡Oye; por lo que más aprecies en el mundo,

oye!... ¡Quítate las manos de la cara! (Viendo que Rosa no lo hace, se las aparta él con las suyas cariñosamente.) ¡Así!... ¡que yo te vea! ¡Que pueda mirarte! (Acercando su cara á la de Rosa.)

ROSA. (Echando el cuerpo hacia atrás y sin mirar á Juan José.) ¡Déjame!... ¿No dices que soy mala?... ¡De lo malo se huye! ¡Déjame!

J. JOSE. (Con pasión.) ¡Dejarte!... ¡Pues si todo lo que hago es por miedo á quedarme sin tí!... ¡Si te quiero más que á las niñas de mis ojos!... ¡Si al ponerte la mano encima he sentido el golpe aquí dentro!... (El corazón.) ¡Si me ha dolido más que á tí!... ¿No comprendes que me ha dolido más que á tí?...

ROSA. Comprende que me has *maltratáo* sin motivo. ¿Qué te he hecho *pa* que me maltrates? Cuando todo me falta, ¿á quién voy á volverme?...

J. JOSE. ¡A mí, Rosa, á mí! Si te digo que tienes razón; que he *procedío* malamente; que me perdones... Pero tú no sabes lo que es encelarse de una mujer que vale *pa* uno lo que la Virgen del altar, y tener *incáa* en el corazón esta espina. ¡Ojalá y no lo sepas nunca!... Es un dolor muy perro; y cuando á uno le viene la basca, no da cuenta de sí. ¡Se aturrulla la cabeza, se llenan los ojos de sangre, se levantan los puños sin querer, ocurre lo que ocurre sin que uno mismo pueda evitarlo, y se acabó!...

ROSA. Y por que á tí te entren esas bascas y des en recelarte de mí y de cualquiera, ¿voy yo á sufrir tus prontos y á quedarme luego tranquila hasta que se te ocurra recelar otra vez?

J. JOSE. No, Rosa, ¡te juro que no! ¡te lo juro!... Ya no dudo; te creo... ¡Díme lo que te dé la gana, y te creo! ¡Me hace tanta falta creer en tí!... (Con tristeza y amor.)

ROSA. Si te hace falta, ¿por qué te empeñas en lo contrario? ¿Por qué en vez de oirme la emprendes á trastazos conmigo?... ¡Buen modo tienes tú de arreglar las cosas y de consolar á una!...

J. JOSE. ¡Es que me has *tratáo* de una forma, y me has dirigido unas expresiones tan duras!...

ROSA. ¿No eran verdad?... ¡Qué culpa me tengo de que la verdad no sea mejor!...

J. JOSE. ¡Verdad, sí, verdad! Todas tus palabras lo son. Verdad que yo me digo á cada momento, cuando entro aquí y te veo *desesperáa*, sola, mal viviendo de la compasión de los vecinos, ¡tú, porque yo he *soñáo*, lo que no había *soñáo* nunca, lo que no me ha traído nunca con pena, ser rico, muy rico, como esos que pasean en coche! ¡Tú, por cuyo bienestar arrancaría piedras con los dientes!... ¡Tú, que sufres, que no puedes resistir más; porque no puedes, porque si esto sigue, si no traigo á casa lo preciso, tú tendrás que abandonarme, y harás bien, porque no has nacido *pa* sufrir y *pa* martirizarte!... Ahí tienes lo que yo imagino, lo que pienso, mientras el frío me hiela las lágrimas en los ojos... Pero cuando tú me lo dices, entonces, creo que yo no soy nadie *pa* tí, que estás deseando dejarme, que no me quieres, que quieres á otro, que ese otro va á robarme el cariño tuyo, y se secan mis lágrimas, y me vuelvo loco, y me dan ganas de matarte!... (Con desesperación.)

ROSA. ¡Calla; no pongas ese gesto! ¡Me asustas! (Con terror.)

J. JOSE. ¡No te asustes, no; nada cavilo contra tí, esto es hablar!... ¡Pero debemos hablar de otra cosa; de buscar un recurso que remedie nuestra desgracia!... ¡Necesito que no padezcas más, lo necesito!

ROSA. ¡Un medio!... ¿Cuál?

J. JOSE. (Con decisión.) ¡Uno; el que sea! (Deteniéndose un momento como si meditara. Después de una pausa, con desaliento.) ¡No lo hallo! ¡no lo hallo!... ¡No tengo donde hallarlo!... Hay pocas obras en tarea, las precisas, y sobra gente; las otras descansan, y si te acercas á los contratistas, á los dueños, te responden: «Más adelante, cuando entre el buen tiempo, cuando alarguen los días Espera.» (Con desesperación.) ¡Espera!... ¡Como si el estómago pu-

diese esperar! ¡Como si se le pudiese decir al hambre! «Aguarda, no nos muerdas hasta dentro de un par de meses;» y al frío: «No nos entumezcas las manos, no nos agarrotes el cuerpo, ten paciencia hasta que podamos comprar una manta.» ¡Espera! ¡Espera á que alarguen los días! ¡Espera!... ¡Espera!... (Con desesperación.)

ROSA. ¿A qué te acaloras?... ¿Qué consigues con acalorarte y con maldecir de la gente?

J. JOSE. ¿Qué consigo?... (Con acento amenazador.) ¡Enterarme de que no es justo que un hombre trabajador se quede sin trabajo; enterarme de que no hacen bien los que me lo niegan; saber que cuando me quejó llevo razón! ¿Te parece poco?... ¡Pues ya es algo!...

ROSA. ¿Algo? (Sin comprender.)

J. JOSE. Más que algo, mucho.

ROSA. No te entiendo.

J. JOSE. ¡Me entiendo yo! (Con angustia.) ¿Con que todos son á acorralarle á uno?... (Con energía desesperada.) ¡Pues el animal, cuando se mira *acorraláo*, muerde!... ¡Yo también morderé!... Si la bestia tiene ese derecho, mejor debe tenerlo el hombre, porque vale más.

ROSA. (Con temor.) ¿En qué piensas?... ¿Por qué arrugas el entrecejo? ¿Por qué te retuerces las manos?... ¿Qué te pasa?... ¿Qué quieres decir?

J. JOSE. ¡Que deben acabarse nuestras fatigas; que no quiero perderte y no te perderé! (Con decisión.)

ROSA. (Con tono de duda.) ¿Acabarse nuestras fatigas?... ¿Cómo?

J. JOSE. Aún no lo sé de cierto. Está aquí, aquí. (Golpeándose la frente.) Lo veo como se ve al anochecer, muy *oscuro*. ¡Pero esta noche tendrás todo lo que necesitas, te aseguro que lo tendrás!

ROSA. ¿Vas á ver á alguien, á pedir?...

J. JOSE. (Con energía salvaje.) ¡Pedir!... ¡Que pidan los viejos, los inútiles, los que no se pueden valer! El que, como yo, tiene fuerza en los brazos, y no es perezoso en la faena, y sabe ganarlo, sólo debe pedir una cosa, trabajo.

Si no lo encuentra, si no se lo dan... Entonces le queda un recurso; ¡uno!... No hay duda... ¡Ni sé cómo he *dudáo* tanto tiempo! (Con tono resuelto y sombrío.)

ROSA. ¿Qué te propones?

J. JOSE. Que no pases hambre, y miseria, y frío; que no me abandones; que no necesites ir á buscarlo; porque tienes razón, cuando todo falta, hay que buscarlo; y antes que la mujer lo busque, lo busca el hombre. ¡Yo lo encontraré! (Con dureza.)

ROSA. ¡Oye!...

J. JOSE. Te digo que lo encontraré. (Se dirige hacia el fondo. Antes de llegar al fondo vuelve hacia Rosa.) ¡Espérame; tardaré una hora, dos; quizás menos, pero traeré á mi casa lo que en ella no hay, lo que tú me pides; lo traeré!... Lo juro por lo más *sagráo*, por... Los que han tenido madre, juran por ella. ¡Yo lo juro por tí!... ¡Espérame; adiós! (Sale Juan José por el fondo en actitud resuelta. Rosa se queda mirando hacia el fondo como sorprendida y sin acertar á darse cuenta de los propósitos de Juan José.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

El intermedio entre los dos cuadros será breve y corriendo el telón de boca.

CUADRO PRIMERO

Telón corto, representando un ángulo del patio de la Cárcel Modelo de Madrid, destinado á los presos de tránsito y á los sentenciados á cumplir condena en otros presidios.

Una rompiente á la derecha y otra á la izquierda. En primer término, á la derecha, un banco de madera.

ESCENA PRIMERA

EL CANO y UN PRESIDIARIO

PRESID. ¿Con que al *oscurecer liáis el petate,* y salís con la *condución?*

CANO. ¡Ya era tiempo! ¡Esta cárcel es *mu aburría!* ¡Se está más agusto en los presidios; hay más *libertá* y mejor gente!

PRESID. *¡Verdá!* ¡Yo que estoy aquí de cabo, lo sé!

CANO. Aquí todos son *prencipiantes.* ¡Un hato de *panolis* que no sirven *pa na!* ¡Con decirte que, fuera parte de la tuya, no he *encontráo* ninguna cara *conocía!*

PRESID. ¡Y *miá* que *pa* no conocerlos tú! ¡No hay un *gachó* que valga tanto así en los presidios, á quien no te sepas de memoria!

CANO. ¡Como que desde los veintidós años, descontando los que he *andáo huío* por ahí, me los he *pasáo* de inquilino perpetuo en *veró*! ¡Voy á cumplir cincuenta y seis! ¡Calcúlate si se me despintará nadie de *la cuerda!*

PRESID. ¡Y lo que te respetan *tóos!*

CANO. ¡Faltaría!... (Con arrogancia.) (Con desprecio.) ¡El respeto de éstos no es *pa presumir!* ¡Ninguno de ellos *se las trae,* ni *tiée guapeza!*... Digo ninguno, y miento. ¡Hay uno!...

PRESID. ¿Juan José?

CANO. ¡El mismo! ¡Te lo *certifico* yo, que lo entiendo!

PRESID. Conformes; pero como si no lo fuera, porque ni se pone á ello, ni *quié* hacerse un sitio y *achicar* á los otros.

CANO. *Entoavía* es temprano. Anda el pobre *mu entristecío* con su desgracia, y se figura que, *achantándose* y cumpliendo con *formaliá,* podrá salir antes y volver á ser hombre de bien. La de *tóos,* la primera vez que *nos echan mano*... Ya se le pasará. Sin embargo, en una ocasión ha *tenío* que probarlo, y lo ha *probáo* el mozo.

PRESID. ¡Vaya!...

CANO. Fué el dia que lo bajaron del *chiquero,* después del juicio y de la sentencia, en que le salieron ocho años. ¿Te acuerdas tú?

PRESID. ¡Sí me acuerdo!... ¡Vaya un *chavó!*... ¡Cómo *atizaba!*...

CANO. Hizo bien. Estos sinvergüenzas, en cuanto se presumen que un perro no muerde, son *tóos* á tirarle del rabo. Como le vieron tan *calláo,* y tan vergonzoso, y tan humilde, se dijeron: «¡Ha *llegáo* la nuestra!» A mí me dió lástima, é iba á salir por él. No hizo falta. El perro mordió.

PRESID. Y cogió carne.

CANO. En cuanto el *Melláo,* ese *charrán* que aún se cree que anda por las tabernas asustando á los tontos, la tomó con él, ya le viste. Al principio procuraba *zafarse* de la *bronca,* pero al convencerse de que no tenía más remedio que pegar ó que le pegasen, se fué *pa* el *Melláo,* alzó el puño y lo tiró *roando* contra la tapia con la cara llena de sangre.

PRESID. ¡Buen golpe fué! ¡Lo *espaletilló!*

CANO. Y luego al otro, al *Churro*, que *se le venía* dando voces y haciendo *esplantes* y *ratimagos* con la cuchara... De poco le sirvieron. Juan José le tendió *la zarpa*, le *trincó*, así, por la muñeca, y salieron por un *láo* el *Churro*, y la cuchara por el otro... ¡Inútil le ha *dejáo pa* unos días!... *¡Na* que es un bravo! ¡Desde entonces, *le miran con un lente!*

PRESID. Y desde entonces no ha vuelto á meterse con nadie. Sigue como cuando bajó: huraño, *calláo* y sin que un alma le saque las palabras del cuerpo. Contigo es con el único con quien se franquea unas *miajas*.

CANO. Porque es *agradecío*, y no olvida lo que yo quise hacer por él.

PRESID. ¿Te ha *contáo* los motivos de su desgracia? (El Cano hace con la mano el movimiento de robar.) Un robo, corriente; pero antes del robo, ha de haber una historia *mu* negra. El está *mu preocupáo*. ¿Tú no sabes?...

CANO. Aunque lo supiera, no te lo contaría. Que te lo cuente él si le da la gana. Lo que sí te digo, es que le aprecio; y he de hacer lo que *puéa* por él. (Como respondiendo á sus pensamientos.) Esta noche salimos juntos en la *condución*, y nos toca ir *apareáos*. ¡Como el quiera...!

PRESID. (Con curiosidad.) ¿Qué?...

CANO. (Con mal gesto.) ¡A tí qué te importa! ¡Déjame en paz!

PRESID. (Con tono sumiso.) ¡Bueno, hombre! (Mirando hacia la derecha.) *Miá* por *aonde* viene. Sin fijarse en *na*, con los ojos *claváos* en las baldosas y los brazos *cruzáos*. Se encamina *pa* aquí.

CANO. Pues *alivia*, que necesito hablar con él y quiero estar solo. (Con imperio. Entra Juan José por la derecha en actitud reconcentrada y triste, y se dirige hacia donde está el Cano sin reparar en él. El Presidiario sale por la rompiente de la izquierda.)

ESCENA II

JUAN JOSÉ y EL CANO

CANO. (Deteniendo á Juan José por el brazo, cuando éste llega al lado suyo.) ¿Qué hay, Juan José?

J. JOSE. ¡Qué quieres que haya! ¡Penas; lo de siempre: lo que tengo desde el día en que la miseria y el cariño de una mujer me volvieron loco!

CANO. ¡Bah, chico; lo que no *tié* remedio, no lo *tié*, y *sansacabó!*... Pecho al agua, que el mundo es ancho, y en el presidio hoy muchas puertas.

J. JOSE. ¡No es el presidio lo que me trae así! ¡Ocho años son muy largos y tienen muchos días, muchos, y muy tristes; sin más consuelo que el que recibe uno de afuera; parece que no van á acabarse nunca... y se acaban! ¡Entre tantas horas de sufrimiento, hay una en que te gritan: «¡Ya eres libre; ya pagaste el daño; anda, sal, vuelve con los tuyos, con los que han sufrido por tí, mientras sufrías tú por ellos; vuelve donde te esperan, contando minuto á minuto los que faltan *pa* que llegues tú!» ¡Aguardando á que suene esa hora, puede uno padecerlo todo; porque esa hora, con ser una sola, paga las demás, con ser las demás tantas y tan crueles! ¡Pero cuando con el presidio acaba una pena y empieza otra; cuando sabes que nadie vendrá á verte á la reja, que nadie te esperará tampoco al salir, entonces la misma *libertá* mete miedo, y por mucho corazón que tengan los hombres, no pueden hacer más que desgarrárselo con las uñas, y llorar *pa* dentro y maldecir, apretando los dientes! ¡Eso es lo que me pasa á mí!

CANO. ¿Y á quién no le ha *pasáo* algo *parecio?* ¿Te piensas que el mundo es una viña? Pues al que no lo ahorcan por la cabeza, lo ahorcan por los pies. *Custión* de postura. ¿Y no sabes tú lo que hay que hacer? Lo que

yo. Tener cachaza y mala idea, y esperar; el que sabe esperar, tarde ó temprano, se sale con la suya.

J. JOSE. ¡Esperar!... (Con desaliento.) Esperar, ¿á qué?...

CANO. ¿A qué? A cobrarte; á desquitarte de la *charraná* que te ha *jugáo*, la que te ha *metío* á ladrón y ya no se acuerda de tí.

J. JOSE. ¡Que no se acuerda!... (Con ansiedad.) ¿Estás seguro?

CANO. ¡Es lo más probable! ¡No te hagas ilusiones!

J. JOSE. ¡Cómo no he de hacérmelas, si mi vida está en esa mujer!...

CANO. (Con desprecio.) ¡Bah!...

J. JOSE. El día de la audiencia, al entrar en la sala donde iba á jugarse mi suerte, no tenía más que una idea, esta: Ella vendrá aquí, á declarar con los testigos; ¡voy á verla, á oirla, á tenerla un momento cerca de mí!... Lo demás no me importaba nada; ¡y lo demás era mi castigo, mi honra, mi sentencia!... ¡Ya ves!... Cuando supe que no venía por impedírselo una *enfermedá, justificáa* por un *certificáo* de los médicos, pensé que acababa de sucederme todo lo malo que me podía suceder en aquella casa, y escuché la sentencia encogiéndome de hombros; y volví á la cárcel preguntándome, lo que me pregunto á todas horas: ¿Qué será de ella? ¿Por qué no viene á verme? ¿Qué debo creer?...

CANO. Cree lo peor, y estarás cerca de no engañarte.

J. JOSE. ¡Y luego Andrés, mi amigo, sin contestar á la primera carta que le hice escribir, sin contestar tampoco á la que tú le pusiste hace cuatro días. ¿Por qué no me contesta?

CANO. Porque no habrá *podío*, ó porque no le habrá *dáo* la gana. Vete á averiguar. Lo seguro es que te encuentras solo y que debes pensar en algo.

J. JOSE. ¿En qué?... ¿En mi desgracia?... ¿En el presidio que me espera?...

CANO. El presidio no es tan malo como *paéce*, así, visto de golpe; la primera vez que se entra en él. El que *tié* valor, y puños, y no es tonto, *pué* hacerse el amo, y el

amo está bien en cualquiera parte; en la cárcel, como en su casa; en su casa, como en un monte, y en un monte, como en un trono. La cuestión es mandar. El demonio vive en los infiernos y es rey... Tú también *puées* vivir á gusto en presidio, y buscártelas cuando salgas de él.

J. JOSE. (Con asombro.) ¡Yo!... ¡Buscármelas yo, como tú te las buscas!... ¡Como se las buscan los otros!...

CANO. ¡A ver!...

J. JOSE. ¡No; yo no haré eso! (Con energía.) ¡Perdona, Cano; pero la vida vuestra no es *pa* mí! ¡Me da *repunancia!* ¡Yo sólo apetezco rematar mi condena, y saber de Rosa, y volver á ser lo que he sido antes!

CANO. (Con ironía.) ¡Lo que ha *sío* antes!

J. JOSE. Lo que fuí siempre, siempre; hasta después de hacer lo que hice. Un hombre *honráo*.

CANO. *¡Pa ti,* que podrás serlo! No sueñes, muchacho.

J. JOSE. (Sorprendido.) ¡Soñar!...

CANO. Tú ya no *puées* ser más que una cosa. *licenciáo* de presidio!

J. JOSE. (Con angustia.) ¡Qué!...

CANO. Sal de aquí; vete á *peir* trabajo; acércate á la gente *honráa*, y verás lo *güeno*.

J. JOSE. ¿Qué es lo que voy á ver?... (Con espanto.)

CANO. Que nadie le da trabajo á un *sentenciáo por robo;* que nadie abre las puertas de su casa á un ladrón.

J. JOSE. (Com angustia y como aterrado por las palabras que acaba de decir el Cano.) ¡Oh!...

CANO. La noche que robaste á un hombre, tomaste en tu mundo, en el mundo de las personas *honrás,* billete *pa* otro mundo distinto: el nuestro. En estos viajes no hay billete de vuelta.

J. JOSE. ¡No; no digas eso; porque me da horror escucharte!... ¡Yo!...

CANO. *¡Tóo* es hasta que uno se acostumbra! ¡Luego se hace á ello el *garlochi,* y en paz.

J. JOSE. ¿Pero tú hablas de veras? ¿Crees lo que piensas? ¿Estás seguro de que todo ha *acabáo pa* mí?

CANO. ¡No; *sacabó* aquello y empieza esto!

J. JOSE. (Con energía.) ¡No!... ¡No!... ¡Yo no entro en esa vida!... (Con desesperación.) ¡Una vida de crímenes, de remordimientos, sin más esperanza que el presidio!... ¡No!... ¡Te repito que no!...

CANO. ¡Los crímenes!... ¡los remordimientos!... ¡Ptchs!... ¡Por lo que hace al presidio, ya te lo dije antes: del presidio se sale!

J. JOSE. Cuando se cumple.

CANO. O sin cumplir, si sabe uno arreglárselas.

J. JOSE. Eso lo dices...

CANO. ¡Y lo pruebo!

J. JOSE. ¡Probarlo! ¿Cómo?

CANO. Como se prueban estas cosas; haciéndolas. Como tengo confianza en tí, no te oculto los planes míos; al contrario, estoy pronto á darte parte en ellos. Si *quiés* escaparte esta noche conmigo, no *tiés* más que abrir la boca.

J. JOSE. ¡Esta noche!

CANO. Al salir de la cárcel; en el camino de la estación. Vamos *apareáos*. Es coser y cantar.

J. JOSE. ¡Escaparnos!... ¿Te has vuelto loco? ¿Y los grillos? ¿Y la *caena?*

CANO. (Con desprecio.) ¿Eso? Se lima.

J. JOSE. ¡Que se lima!... ¿Cuándo? ¿Con qué?

CANO. ¿Cuándo?... En el tiempo que estamos *atáos* en el patio. ¿Con qué? Con esto. (Saca del bolsillo una moneda de veinte reales.)

J. JOSE. ¿Dinero?

CANO. ¡No seas *gili!*... *Pa* los vigilantes, esto es una *monea;* *pa* mí, es una caja. Mírala bien. (Hace como quien desenrosca la moneda, y la deja dividida en dos partes; la de la parte de abajo tiene un hueco libre.) La *monea* está hueca y se abre así, desenroscándola.

J. JOSE. (Con asombro.) ¡Es verdad!

CANO. También se trabaja *pa* uno en presidio. ¿Ves? (Sacando del fondo de la caja una laminilla de acero.) ¿Qué te *paéce* á tí esto?

J. JOSE. Una hojilla de acero.

CANO. ¡Y qué pequeña! No *paéce na;* pues es la *libertá,* porque es una lima.

J. JOSE. ¿Esto? (Con sorpresa.)

CANO. ¡Esto! Sabiéndola manejar, corta más que las grandes. Con esto se lima la *caena*... ya te diré cómo. Nadie lo nota; ni los que remachan el anillo; sales andando; buscas una ocasión, das un golpe en los hierros, salta la *caena,* y aprietas á correr. Llevas la contra de que un guardia te meta una bala en el cuerpo, y te tumbe patas arriba; pero de alguna muerte se *tié* que morir. Si no te matan, estás libre. ¿Quieres?

J. JOSE. No es la muerte lo que me asusta...

CANO. En tal caso...

J. JOSE. ¿Y si lo cogen á uno vivo? Recargo de pena, más años de martirio, de encierro... No; yo no hago eso, Cano; callaré, pero no te sigo. Aún confío; aún creo que cuando salga de presidio podré volver á ser *honráo;* aún espero encontrar á Rosa, convencerme de que no es culpable, trabajar *pa* ella... ¡Qué sé yo!... ¿Son delirios? Bueno; déjame con los delirios míos, y escapa.

CANO. ¡Tú sí que eres loco *rematáo!* (Entra el Presidiario por la derecha y se dirige á Juan José.)

ESCENA III

JUAN JOSÉ, EL CANO y UN PRESIDIARIO

PRESID. ¿Juan José?...

CANO. (Con dureza.) ¿A qué nos vienes á estorbar?

PRESID. Es que el vigilante me ha *mandáo* con un *recáo pa* éste.

J. JOSE. ¿*Pa* mí?

PRESID. Me ha dicho: busca á Juan José, y dale esta carta.

J. JOSE. ¡Una carta!... ¿Dónde la tienes? (Con impaciencia.)

PRESID. Aquí está. (Enseñando una carta á Juan José.)

J. JOSE. (Arrebatándole la carta.) ¡Dámela!... Tráela pronto. (El Presidiario se dirige á la izquierda, por donde sale. Juan José saca la

carta del sobre, que vendrá abierto, con precipitación; la abre y se queda con ella entre las manos dándole vueltas y mirándola.)

CANO. Vamos, ¿á qué esperas?

J. JOSE. (Con tristeza.) ¿No sabes que no sé leer? Léemela tú. (El Cano coge la carta que Juan José le entrega.)

ESCENA IV

JUAN JOSÉ y EL CANO; al final, EL PRESIDIARIO

CANO. (Leyendo.) «Madrid, quince...»

J. JOSE. No; eso no; á la firma... ¡Lo primero, la firma! (Con impaciencia. Con tono de esperanza.) ¡Si fuese de ella!... ¡Anda pronto, lee la firma! (Con impaciencia y anhelo.)

CANO. ¿La firma? (Volviendo una cara de la carta.) La firma dice Andrés.

J. JOSE. (Con desaliento.) ¡Andrés!... (Con tristeza profunda.) ¡No es de ella!...

CANO. (Leyendo.) «Querido Juan José: Me alegraré que al recibo de esta...»

J. JOSE. (Interrumpiéndole.) Salta; salta; un poco más abajo; donde acaba el saludo.

CANO. Allá voy... (Como si recorriese los renglones.) «La mía... á Dios gracias...» Aquí. «Sabrás de cómo no te he escrito antes, porque he *estáo* afuera trabajando; luego no te quería contestar, porque como lo que tú me pedías eran noticias de la Rosa... y...» (Deteniéndose.)

J. JOSE. (Con gran impaciencia.) ¿A qué te detienes? No te detengas. Sigue.

CANO. «Y no eran buenas, pues por eso no te escribí.»

J. JOSE. (Con angustia.) ¡Adelante!...

CANO. (Leyendo.) «Pues sabrás de cómo no te puse dos letras, por eso; porque te quería evitar un disgusto, que bastante tienes con estar en presidio por ella; así hubieran *degolláo* á la primera que nació.» (Deja de leer.) Este *gachó* es un *vivo*.

J. JOSE. No te pares; ¿no ves que me estoy muriendo de ganas de saberlo todo?

CANO. (Volviendo á la lectura.) «En fin, como alguna vez han de contártelo y me lo pides con tantas fatigas, allá va: La Rosa está buena; lo de la enfermedad fué una farsa. No fué al juicio porque no quiso verte; y como ahora tiene *enflujo* y dinero, pues lo arregló.»

J. JOSE. ¡No quiso verme!... ¡A mí! (Con desesperación. Reponiéndose. Al Cano.) ¿Qué más?...

CANO. (Leyendo.) «Ahora está en grande; no se ha *mudáo* de casa; pero vive en el principal, y vive con Paco...»

J. JOSE. (Con espanto, odio y dolor.) ¡Con Paco!... ¿Eso es cierto?... ¿Has leído bien?... (Con desesperación.) ¿Dónde dice eso?... ¡A ver! ¡enséñamelo! ¡que yo lo vea!... ¿Dónde lo dice?... ¿Dónde, Cano, dónde?...

CANO. (Señalándole con el dedo un párrafo de la carta.) En este renglón. Míralo...

J. JOSE. (Se abalanza á mirar la carta y el sitio de ella donde señala el Cano.) ¡Mirarlo!... (Con angustia.) ¡Cómo lo voy á mirar, si no entiendo esas rayas!... (Al Cano.) ¿Pero se ha ido con él?... ¿Lo dice ahí?... ¡Sí, lo dice! *¡Pa* qué ibas á engañarme tú! ¡Está con él!... ¡Con él!... (Reponiéndose; con calma siniestra.) Sigue, Cano, sigue; léelo todo. Después de lo que me has leído, ¿qué cosa mala ha de venir?... Lee desde donde pone «vive con Paco.»

CANO. (Leyendo.) «Vive con Paco, y vive, como te decía antes, en nuestra casa, en el principal; hecha una princesa. Por supuesto, que ni la Toñuela ni yo la saludamos. Aquí la tienes con su maestro de obras, mientras tú te pudres en presidio. Ya lo sabes todo.»

J. JOSE. ¡Todo, sí; todo!... ¡Qué más necesito saber! (Se deja caer sobre el poyo con abatimiento profundo.)

CANO. (Leyendo sin que Juan José le oiga.) «Consérvate bueno, y con expresiones de la Toñuela, manda en lo que se ofrezca á tu amigo que lo es: Andrés Pérez.»

J. JOSE. (Levantándose.) Trae esa carta; tráela, que yo la toque. *¡Paéce* mentira que un cacho de papel haga tanto daño!... (Entra el Presidiario por la derecha.)

PRESID. ¡Cano!

CANO. ¿Qué?

PRESID. Te llaman en la Dirección.

CANO. Voy á escape. (A Juan José.) No te olvides de lo que hemos *habláo*. (Sale el Cano por la derecha.)

ESCENA V

JUAN JOSÉ, solo.

(Con desesperación.) ¡Con Paco!... ¡Y no hay duda!... No la puede haber. Tengo la prueba; ¡y está escrita!... La tengo aquí, ¡aquí!... (Mirando la carta que conserva en la mano. Desdobla la carta.) ¡Aquí es donde pone: Rosa vive con Paco!... (Recorre la carta con los ojos.) Lo pone, sí; pero, ¿dónde lo pone?... ¿En qué cara?... ¿En qué sitio? (Revolviendo la carta en todos sentidos.) ¿Será en este?... ¿Será más arriba?... (Con amargura desesperada.) ¡No sé! (Con sarcasmo doloroso.) Parece que estos garrapatos malditos juegan al esconder con mi pesadumbre, y me dicen: Aquí está eso de que Paco vive con Rosa; pero, ¿á que no sabes en dónde está?... ¿A que no lo encuentras?... (Con angustia y cólera.) ¡Y no lo encuentro! (Con profunda amargura.) ¡Dios mío, qué desgracia tan grande la de los que nacen como yo!... ¡Ni á leer aprenden! No les enseñan; y cuando llega un instante así, en que con cuatro rayas de tinta le tiran á uno el mundo sobre la cabeza, se ve uno *priváo* hasta del último consuelo, del único que le queda ya: ¡Buscar esos renglones y tragárselos con los ojos, y apretujarlos con los *déos*, y atravesarlos con los dientes!... ¡Con qué placer retorcería yo, y mordería yo esas cuatro palabras: «Rosa vive con Paco!» ¡nada más que esas! ¡Esas solas!... ¡Y no puedo!... ¡No puedo! ¡No puedo más que estrujar la carta al tun tun, como si todo fuera igual, el cariño de Andrés y la infamia de Rosa; la firma del amigo y la traición de la mujer!... ¡No es eso; no es eso lo que deseo yo!... ¡Es un renglón solo el que necesito, el que

quiero estrujar y morder, y romper en tantos pedazos como pedazos me ha hecho el alma!... ¡Y no sé cuál es; no lo sé; no sé dónde está!... (Después una pausa.) ¡Ella con Paco!... ¡Rosa, *mi* Rosa de otro! ¡del hombre á quien aborrezco más en el mundo!... (Con profunda pena, y rompiendo en sollozos. Con ira.) ¡Y lloro!... Los hombres no lloran; se desquitan. (Con energía rencorosa. Con sarcasmo.) Ellos dirán: «Tiene *pa* mucho tiempo; *pa* ocho años; después veremos. ¡Á gozar, mientras él padece!» ¡Cómo se reirán de mí!... (Con expresión de odio y acento de venganza.) ¡No se reirán mucho; lo juro por todo el odio que les tengo!... El Cano me ha dicho que esta noche podemos escaparnos... ¡Conformes! Esta noche, ó caeré muerto en la carretera de un tiro, ó estaré libre; y si estoy libre, reímos todos... (Con acento sombrío.) ¡Todos!... ¡Ellos, y yo!... (Entra el Cano por la derecha.)

ESCENA VI

JUAN JOSÉ y EL CANO

CANO. Ya estoy aquí de vuelta.

J. JOSE. Me alegro, porque me corría prisa hablarte. ¿Estás seguro de que nos podemos escapar esta noche?

CANO. Te respondo con mi cabeza.

J. JOSE. Y después de escaparnos, ¿podremos entrar en Madrid sin que nos vea nadie?

CANO. Si quieres, también. Tengo *aonde* ir y *aonde* nos proporcionen ropa *pa* disfrazarnos, y *herramientas pa* defendernos. Dinero llevo yo.

J. JOSE. Cuenta conmigo; huiremos juntos.

CANO. (Con alegría.) ¿Por fin te decides?

J. JOSE. (Con tono sombrío y resuelto.) ¡Sí! ¡Me decido!

CANO. Pues hasta luego, y *sonsi*. (Tendiéndole la mano.)

J. JOSE. (Estrechando la mano del Cano con fuerza.) ¡Hasta luego!

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

El teatro representa una habitación de la casa donde residen Rosa y Paco. Al fondo, una puerta grande de dos hojas, que estará abierta de par en par, permitiendo ver un pasillo largo que hace recodo y supone dar salida á la calle. Este pasillo estará alumbrado. Una puerta á la derecha; otra á la izquierda; á la izquierda, un balcón cerrado.

En primer término, á la derecha, y en posición conveniente para que se refleje en ella la puerta del fondo, un armario de luna. A la izquierda, entre la puerta y el balcón, un tocador de madera chapeada, con tabla de mármol, espejo y servicio completo; de uno de los lados del espejo, arranca un brazo de hierro sosteniendo una lámpara de pared, que estará encendida.

En el fondo, á la derecha, una cómoda, encima de la cual habrá una lámpara apagada y varias baratijas de mal gusto; á la izquierda, un armario de dos puertas, practicable y lleno de vestidos y ropas de mujer. Colgadas de la pared, tres ó cuatro oleografías con marcos dorados. Sillería fina de Vitoria.

En primer término, á la izquierda, una *marquesita.*

Al comenzar la escena, aparecen en ella: Isidra arrellenada en la *marquesita,* y Rosa delante del tocador en chambra, con las mangas de ésta levantadas y los brazos desnudos; llevará una falda obscura por vestido. Rosa tendrá en las manos una tohalla.

ESCENA PRIMERA

ROSA é ISIDRA

ROSA. (Como si acabara de secarse las manos y colgando la tohalla en un travesaño que tendrá el tocador. A Isidra.) No traiga usté más este jabón. Me pone muy ásperas las manos.

ISIDRA. Pues, hija, á mí por bueno me lo dieron. Ya ves, dos pesetas.

ROSA. Es *rematáo*. Tráigame usté mañana una caja del otro; aquel blanco que huele tan bien. ¿Y mis sortijas?... ¡Aquí están! (Sacando tres ó cuatro sortijas de un joyero que habrá encima del velador.) Voy á decirle á Paco que me compre un ajustador, porque ésta me viene ancha. (Una de las sortijas, las cuales se habrá ido poniendo mientras habla.)

ISIDRA. (Cogiendo la mano de Rosa que se habrá acercado á ella para enseñarle las sortijas.) ¡Y qué hermosa es!... No se cansa una de mirarla. ¡Vaya unas luces!

ROSA. Cien duros costó.

ISIDRA. Cuéntamelo á mí que fuí á comprártela con Paco. *Miá* que está *enamoráo*. No hay gasto que le *paezca* grande siendo *pa* tu persona.

ROSA. Paco es un Dios *pa* mí. Me basta decirle, esto me apetece, *pa* que lo traiga; y en tocante á cariño, usté lo está viendo; cada día me quiere más.

ISIDRA. Y tú á él.

ROSA. Sí, señora; y él se lo merece; le quiero, es el único hombre á quien he querido de *verdá*.

ISIDRA. Ahora comprenderás que llevaba yo mucha razón al decirte que dejases á Juan José.

ROSA. (Con remordimiento.) ¡También me quería ese!

ISIDRA. Sí; pero el cariño á palo seco, tiene mal pasar. (Como tratando de quitar importancia al recuerdo de Juan José.) Eso es una historia *acabáa;* no hay *pa* qué mentarlo.

ROSA. ¡*Verdá!* (Después de una pausa, cogiendo un peine del tocador y dirigiéndose al armario de luna, cuyas velas enciende.) Voy á arreglarme un poco el pelo. (Empezando á soltarse el pelo.) Paco me ha dicho que saldremos juntos esta noche. (Peinándose.)

ISIDRA. ¿Y la *criáa* nueva?

ROSA. Mañana vendrá. Falta me hace, porque llevo unos días... Si no fuese por usté que me ayuda...

ISIDRA. ¡No he de ayudarte, hija; si gracias á tí y á tu Paco estoy en la gloria!... ¡Eso es portarse! (Sale Paco por la

puerta de la izquierda, donde se detiene, contemplando á Rosa con cariño.)

ESCENA II

ROSA, ISIDRA y PACO

PACO. (Desde la puerta de la izquierda. A Rosa, en tono de broma y con cariño.) No hay como tener buena mata de pelo *pa* presumir.

ROSA. (Con coquetería.) ¡Pues hijo, todo es mío!

PACO. (Con gachonería y cogiendo el pelo de Rosa entre sus manos.) ¡Y mío!...

ROSA. (Con cariño.) De eso no hay que hablar... (Rechazando á Paco.) ¡Quita, que no puedo peinarme!... (Mirando á Paco y acercándose á él con el peine metido en el pelo.) Ya podías arreglarte ese lazo, el de la corbata. Lo llevas, con una punta mirando *pa* las nubes, y la otra *pa* las alcantarillas. ¡Trae que te lo arregle yo, *desastráo!*... (Arreglando la corbata á Paco.) Así.

PACO. (Mirando á Rosa con pasión. A Isidra.) ¿La ve usté *señá* Isidra? ¡Hay que comérsela!... (A Rosa.) ¿Tardarás mucho en aviarte?

ROSA. No.

PACO. Pues, en tanto acabas, voy á la taberna á ajustar cuentas con los capataces. Mañana es sábado y hay que pagar la gente.

ROSA. ¡No tardes!

PACO. ¡Calcula!... En cuanto que termine, subo, y nos vamos á dar una vuelta por la verbena en coche. Julián y Faustino me han dicho que irán también con *la* Indalecia y con *la* Antonia. Allí nos reuniremos con ellos, y luego nos marchamos juntos á tomar un *bocáo*... (A Isidra.) Venga usté con nosotros.

ISIDRA. No, hijo; yo no estoy *pa* verbenas: *pa* lo que estoy, es *pa* meterme en la cama; lo que haré dentro de un poquillo.

PACO. Pues hasta mañana, y que usté descanse. (Paco coge un

sombrero ancho, claro, que habrá encima de la mesa, y sale por el fondo.)

ESCENA III

ROSA é ISIDRA

ROSA. (Volviéndose hacia Isidra.) Ya me peiné.

ISIDRA. ¡Vaya si estás guapa!... Vales... así como el doble que hace ocho meses.

ROSA. Es, que el trabajo y las necesidades matan mucho... ¡si aún no sé cómo yo...!

ISIDRA. ¡Locuras que hacemos las mujeres!... Gracias á que abriste á tiempo los ojos.

ROSA. (Que mientras habla, ha estado en el tocador, pasándose una borla de polvos por la cara.) ¡Ya!... ¡ya! (Contemplándose en el espejo del tocador.)

ISIDRA. ¿Qué vestido vas á ponerte?

ROSA. Esta misma falda y la blusa *encarnáa*. Allí la tengo, en aquel cuarto. (El de la derecha.) Voy á buscarla. (Entra en el cuarto de la derecha.) En seguida vuelvo. (Entra en la habitación de la derecha.)

ISIDRA. ¿Quieres que te ayude?

ROSA. (Dentro.) No hace falta. Sáqueme usté de ese armario el mantón.

ISIDRA. ¿Cuál de ellos?

ROSA. (Dentro.) El negro de Manila *bordáo*.

ISIDRA. (Abre el armario de la izquierda del fondo.) ¡Tienes aquí una tienda! (Registrando entre la ropa.) ¿Dónde está el mantón?

ROSA. (Dentro.) A la derecha; junto al vestido azul.

ISIDRA. Ya dí con él. ¡*Cuidáo* si es rico!... (Mirando el mantón.) Aquí te lo dejo; en esta silla. (Deja el mantón sobre una silla. Sale Rosa de la habitación de la derecha, abrochándose la blusa.)

ROSA. ¡Malditas mangas!... Cuesta un año metérselas.

ISIDRA. ¿Quieres algo más?

ROSA. Nada; hasta mañana. Deje usté *entorná* la puerta de la calle *pa* cuando suba Paco. (Sale Isidra por el segundo fondo, y deja entornada la puerta.)

ESCENA IV

ROSA; al final JUAN JOSÉ

ROSA. (Acabando de abrocharse la blusa delante del espejo.) Ya está. Ahora, un pañuelillo de seda al cuello. (Se dirige al tocador, abre un cajón y hace como que busca en él; luego, saca un pañuelo.) Éste. (Doblando el pañuelo y anudándoselo á la garganta.) ¿Con qué lo sujeto?... Con el alfiler de oro. (Coge un alfiler de oro del joyero y se dirige al armario de luna, donde acaba de arreglarse el pañuelo.) Con esto, sobra *pa* que rabien de envidia *la* Indalecia y *la* Antonia... ¡La *verdá* es, que no hay dos como Paco! (Con alegría.) ¡Esto es vivir á gusto... (Entra por la puerta del fondo Juan José.)

J. JOSE. (Desde el fondo.) ¡Por fin!...

ROSA. ¡Entran!... (Sin volver la cabeza.) ¿Eres tú?

J. JOSE. (Avanzando con calma siniestra.) ¡Sí, yo! No el que tú esperabas; pero soy yo. (Rosa levanta los ojos y ve reflejarse en la luna del espejo la figura de Juan José.)

ROSA. (Con espanto.) ¡Juan José!... (Rosa, con la cabeza baja, inmóvil, en actitud de profundo terror, y sin atreverse á volver la cabeza hacia el sitio donde está Juan José. Este permanece inmóvil también, contemplando á Rosa primero, y dirigiendo luego la vista hacia todos los muebles y objetos que hay en la habitación.)

ESCENA V

ROSA y JUAN JOSÉ

J. JOSE. (Luego de hacer la pausa que indica la acotación anterior, avanza algunos pasos hacia Rosa y se detiene, sin apartar los ojos de ella.) ¡Con qué lujo vives!... ¿Y qué bien *trajeá* estás!...

¡Vaya, que no te has vendido por cualquier cosa!... (Con sarcasmo y dolor.)

ROSA. ¡Dios mío!... (Sin atreverse á cambiar de actitud.)

J. JOSE. (Con sarcasmo) ¿No te atreves á volverte *pa* mí?... ¿Tienes miedo?... ¿Te da reparo hablar conmigo?... ¡Reparo!... ¡Bueno que lo tuvieses antes de que yo robara *pa* tí! ¡Entonces yo era *honráo* y tú no!... ¡Ahora somos iguales!

ROSA. (En la misma actitud y con tono de súplica.) ¡Juan José!...

J. JOSE. ¿Con que tienes miedo?... ¡Claro! ¡La sorpresa! (Con ira reconcentrada.) ¿Cómo ibas á pensarte, que yo, *condenáo* á ocho años de presidio, iba á venir, así, de pronto y á entrar en tu casa y á echarte en cara el mal que me has hecho?... ¿Cómo ibas á pensarlo?... (Con amenazadora calma.) ¡Pues he venido; ya lo ves!

ROSA. ¡Has venido!...

J. JOSE. ¡Sí! (Cogiendo á Rosa por el brazo y obligándola á que se vuelva hacia él.) ¡Vamos, vuélvete de frente *pa* mí! (Con cólera.) ¿Sabes á qué he venido?

ROSA. (Con terror.) ¡Oh!... ¡Por *caridá!*

J. JOSE. *¡Caridá!*... ¿De quién voy á tenerla?... ¿La ha tenido alguien de mí en el mundo?

ROSA. ¡Tenla tú de mí! (Como aturdida y sin saber lo que dice.) ¡Vete, por Dios! ¡Vete!

J. JOSE. ¡Que me vaya! (Rompe á reir con risa siniestra.) Mira; no creía reirme y me has hecho reir... ¡Que me vaya!... ¡Estás loca!

ROSA. (Con espanto.) ¿A qué vienes?... ¿A qué vienes? dilo...

J. JOSE. A cobrarme en una hora ocho meses de angustia. ¡Ocho meses que he *pasáo* dentro de una prisión, *abandonáo*, sólo, imaginando!... ¡imaginando la *verdá!* ¡que me habías *dejáo* por otro!... ¡Qué noches tan horribles las mías!... ¡Cuando mi cabeza se dejaba caer en la almohada de crín, veía la tuya dejándose caer en el hombro de él, y miraba tus ojos puestos en los del otro, ¡mientras se clavaban los míos en la *oscuridá*, y os contemplaba juntos, muy juntos; mientras yo

mordía la manta *pa* ahogar mis sollozos!... ¡Eso he hecho yo, blasfemar, llorar, dudar de tí, y después, ni dudar siquiera, convencerme de tu engaño y huir de la cárcel, y buscarte á tí, y buscarle á él!... ¡Y aún me preguntas á qué vengo á esta casa!... Vengo á matar á Paco.

ROSA. (Con terror.) ¡A matarle!

J. JOSE. ¡Sí!

ROSA. ¡Tú matarle á él!... ¡Tú matar á *mi* Paco!

J. JOSE. (Con odio y asombro.) *¡Tu* Paco!... ¿Has dicho *tu* Paco?... ¡Y lo dice delante de mí! (Con ira y amargura profundas.) ¿Pero, te has *olvidáo,* de que primero que él fuese *tu* Paco, he sido yo *tu* Juan José?

ROSA. (Con terror.) ¡Márchate!... ¡Márchate por Dios!... ¡Si él viniese!...

J. JOSE. Eso aguardo; que venga. ¡No ves que de tí no he *habláo entoavía?...* ¡Que no te digo aún lo que de tí deseo!... Pues es por eso; porque le espero á él; á Paco; ¡á *tu* Paco!...

ROSA. (Con ansiedad.) ¡No; no harás lo que dices! ¡Yo lo evitaré!

J. JOSE. (Con desprecio.) ¿Como?

ROSA. ¡Avisando!... ¡Gritando!

J. JOSE. (Con ferocidad.) ¿Avisarle?... No tienes tiempo. ¡Gritar!... Tan cierto como te he querido con toda mi alma, que si gritas, te mato á tí también.

ROSA. (Aterrada.) ¡No, Juan José! ¡Te lo suplico!... ¿Quieres que te lo pida con los brazos en cruz?... ¡No le esperes!... ¡Perdóname!... ¡Vete!

J. JOSE. ¡Perdonarte cuando pides por él!... ¡Irme!... ¡Claro; tan hecha estás á mandar en mí, á que nunca haya dicho «no» cuando me has *suplicáo,* que hasta ahora mismo, en este momerto, crees que te haré caso, que me iré!... Crees mal; no me voy. Espero.

ROSA. Por *piedá!*

J. JOSE. *¡Piedá!...* ¡A otros hombres pueden hablandarles el corazón pidiéndoles por sus padres, por sus hermanos, por

sus hijos, por un cariño que tire de ellos!... ¡A mí, no! ¡Yo no he tenido padres, ni hermanos, ni familia!... ¡Nada!... ¡Te tenía á tí, y te he perdido! ¡No hay nadie que pueda llamar á éste, (El corazón.) nadie! ¡Con que no supliques, porque tus súplicas dan en piedra!

ROSA. ¡Oye!...

J. JOSE. (Con firmeza.) ¡No has oído que no! (Prestando atención hacia fuera.) ¡Suben!...

ROSA. (Poniendo también atención.) ¡Sí! (Con angustia.) ¡Es él!... ¡Son sus pasos. (Con terror.)

J. JOSE. ¡Sus pasos!... (Con amargura é ira.) ¡Conoces sus pasos!... Nunca has conocido los míos. (Con desesperación.) Te juro que no volverás á oir los de él. (Se dirige al fondo.)

ROSA. ¡No! (Tratando de detener á Juan José.)

J. JOSE. ¡Que no! ¡Pues si la esperanza de matarlo es lo único que me tiene vivo!... ¡Quita, mujer, quita!... (Rechaza á Rosa con violencia: ésta cae al suelo y Juan José sale precipitadamente por el fondo, cuya puerta cierra tras él.)

ESCENA VI

ROSA; luego JUAN JOSÉ

ROSA. ¡No!... (Levantándose.) ¡Imposible!... ¡No! (Se dirige hacia la puerta del fondo y la empuja.) ¡Cerrada!... ¡Y Paco!... (Como si prestara atención.) ¡Qué!... ¡Qué grito es ese! (Con desesperación.) ¡Paco!... ¡Abre, por Dios, abre!... (Se abre la puerta del fondo y entra por ella Juan José en actitud descompuesta. Rosa retrocede con espanto; luego avanza hacia Juan José.)

ESCENA VII

ROSA y JUAN JOSÉ; PACO, muerto.

ROSA. (A Juan José con espanto.) ¡Tú! ¿Y Paco?... ¿Qué has hecho de Paco?

J. JOSE. (Señalando hacia el fondo, con alegría salvaje.) Ahí lo tienes.

ROSA. ¡En el suelo! (Mirando hacia el fondo.) ¡Muerto!

J. JOSE. ¡A la fuerza! ¡De los dos, uno! Le tocó á él.

ROSA. (Con desesperación.) ¿Le has *matáo* tú?... ¡Tú has *matáo* á Paco, asesino!

J. JOSE. (Con fiereza.) ¡Asesino, no! Le he *matáo*, dándole tiempo *pa* defenderse, de cara; peleando. Como matan los hombres.

ROSA. (Con espanto.) ¡Oh!...

J. JOSE. Y lo he *matáo* porque ningún hombre, ninguno, te *poseéra* mientras yo viva, sin que yo lo mate como á ese. (Cogiendo á Rosa por el brazo.)

ROSA. (En un arranque de energía.) ¿Y de qué te sirve haberle *matáo*, si era á él, á *mi* Paco, á quien yo quería?...

J. JOSE. (Con estupor.) ¡A él!... (Suelta el brazo de Rosa.)

ROSA. ¡A él!... ¡Y le vengaré!... (Aprovechando el estupor de Juan José, se dirige al balcón y lo abre.) ¡Socorro!...

J. JOSE. (Levanta la cabeza.) ¿Qué haces?... ¿Gritas?... (Se dirige hacia Rosa.)

ROSA. ¡Socorro!...

J. JOSE. (Apartando á Rosa del balcón, tapándole la boca con una mano y sujetándola con la otra.) ¡Calla!... ¿Hasta cuándo vas á gozarte en mi perdición? ¡Calla!

ROSA. ¡Soco...! (Haciendo esfuerzos para gritar y desasirse.)

J. JOSE. ¡Calla! ¡No quieras escaparte! ¡Calla! (Apretando más la boca de Rosa, y sujetándola por la garganta.) ¡No callarás!... (Despues de una breve lucha, viendo que Rosa permanece rígida é inmóvil.) ¡Ya era razón que callases y no te movieras! (Suelta á Rosa, que cae muerta en el suelo.) ¡Calla, sí!... (Acercándose á Rosa.) Pero, ¿qué silencio es el suyo?... (Tocando á Rosa, con angustia.) ¿Qué es esto?... (Con espanto.) ¡Esto es la muerte!... (Con desesperación.) ¿Y he sido yo?... ¡Yo! (Entra Andrés por el fondo.)

ESCENA VIII

DICHOS; ANDRÉS, que entra por el fondo.

ANDRES. ¡Un hombre muerto!... ¡Y Rosa!... ¡Quién...! (Viendo á Juan José.) ¿Tú?

J. JOSE. ¡Sí!

ANDRES. ¿Tú?

J. JOSE. ¡Yo! ¡No te digo que yo!

ANDRES. ¿A qué esperas?... ¡Escápate!... ¡Huye!

J. JOSE. ¡Huir!... ¿Y *pa* qué voy á huir?... ¿Qué libro con huir?... ¡La vida! ¡Mi vida era esto, (Por Rosa.) y lo he *matáo!*

FIN DEL DRAMA

OBRAS DE JOAQUÍN DICENTA

El suicidio de Werther, drama en cuatro actos y en verso.
La mejor ley, drama en tres actos y en verso.
Los irresponsables, drama en tres actos y en verso.
Honra y vida, leyenda dramática en un acto y en verso.
Luciano, drama en tres actos y en prosa.
El duque de Gandía, drama lírico en tres actos y un epílogo.
Juan José, drama en tres actos y en prosa.
Spoliarium, novelas cortas.
Tinta negra, artículos y cuentos.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales, que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.

